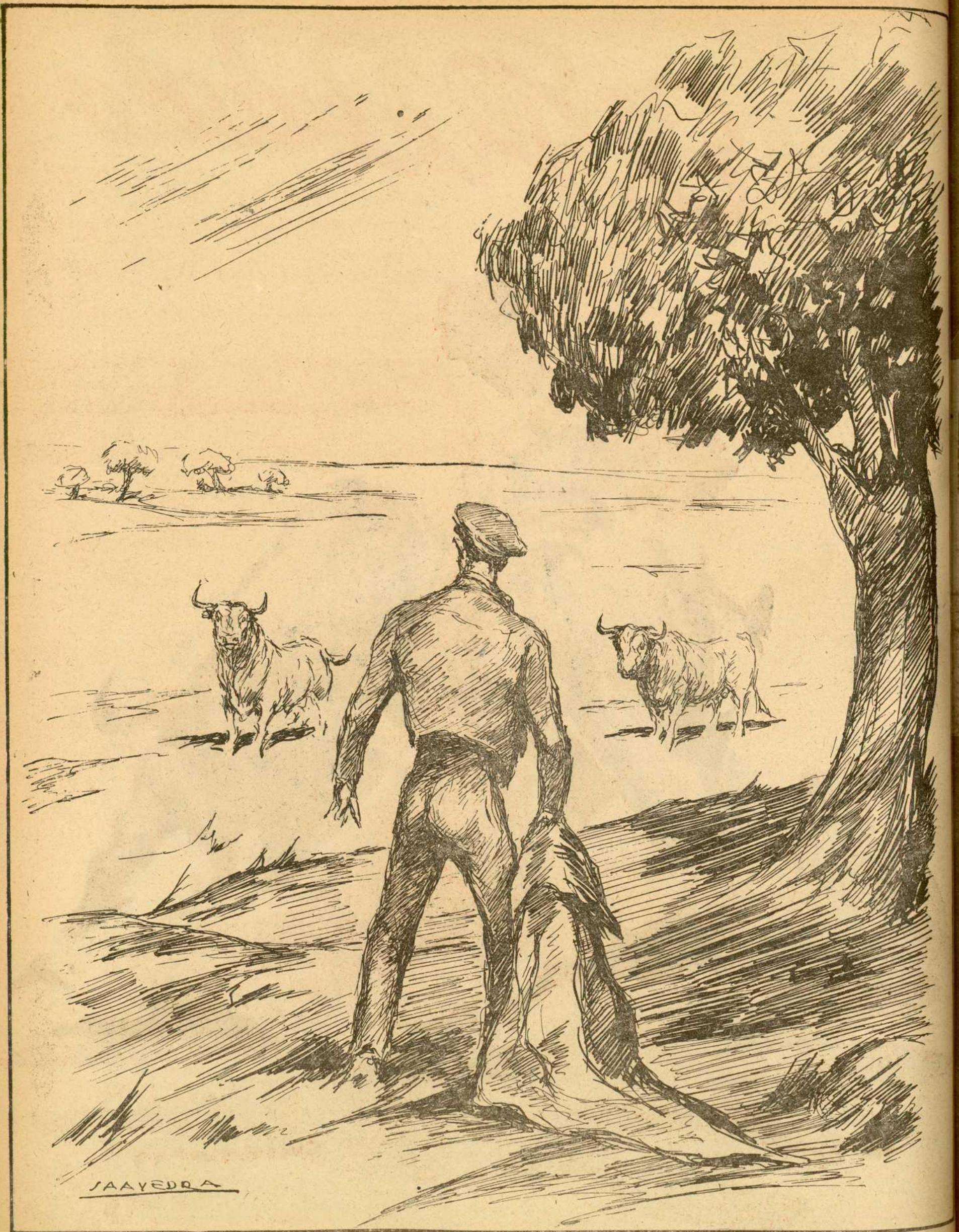


El Ruedo





¡Y sin división de plaza!...



Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. Teléfs. 265091-265092

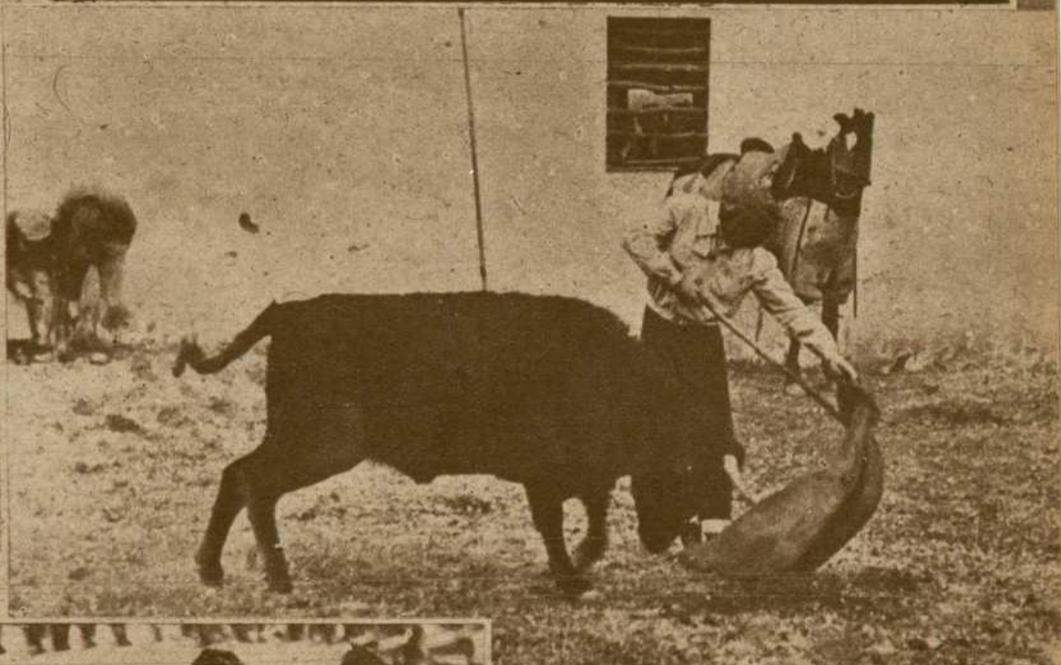
Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año V - Madrid, 22 de enero de 1948 - N.º 187



Escenas recientes de tientas en Sevilla y en Salamanca (Fotos Arenas)

CADA SEMANA Tanteando la temporada próxima



TODAVIA durante algún tiempo—no mucho—llegarán hasta la mesa de la Redacción fotografías del carácter de las que publicamos en esta página. Las estampas clásicas—tentaderos, entrenamientos—de esta época de las ilusiones, aun sin el contraste inmediato con la realidad.

Que este año va a llegar pronto, porque las fechas tradicionales vienen adelantadas y el domingo de la Pascua adelantada y el domingo de la Pascua de Resurrección—tan genuino día de toros—corresponde al día 28 de marzo. Aun antes, y descontando lo que madruga el señor Balañá, habrá corridas en Castellón y en Toledo. Estamos, pues, como quien dice, en las vísperas de una campaña nueva. Nueva en muchos de sus aspectos.

¿Cómo va a ser esta campaña? En esos tanteos andan ahora empresarios, apoderados y exclusivistas. Tanteos todavía un poco tímidos, como si a los contendientes les preocupase, más que su propia decisión, las intenciones y la forma del adversario. Por el momento, una guardia vigilante nada más.

Pero el panorama no es tan oscuro como para que no sea posible aventurar algunas hipótesis, dadas las bases con que se cuenta, todas bien conocidas y calificadas desde la temporada anterior. La clave va a estar en la feria de abril en Sevilla, donde, para conmemorar el centenario, se proyectan nada menos que siete corridas de toros, o sea veintiocho puestos a cubrir. ¿Cómo van a combinarse esos



carteles? Por lo pronto, hay un torero sevillano, de los que andan en candelero, repuesto de su gravísima cogida en Valdepeñas, con el que no se podrá contar: Pepín Martín Vázquez, que ha firmado un ventajoso contrato para realizar la película "Currito de la Cruz", y que no es probable que reaparezca en los ruedos hasta muy entrado o casi transcurrido el mes de mayo. "Parrilla" y Paco Muñoz andan por tierras de América, y esos regresos de América no suelen hacerse a fechas muy fijas. Luis Miguel apenas si ha parado este año en Madrid, porque ha preferido hacer vida de

campo y de sierra, consiente de la responsabilidad que le alcanza en la temporada próxima. Nada se conoce a ciencia cierta de sus propósitos.

Quedan, naturalmente, otros excelentes toreros con ánimo de aportar al mantenimiento de la Fiesta su arte y su valor; mas para cubrir tantos puestos, y en los primeros meses del año, no van a sobrar, ciertamente, las figuras. En la pugna lógica y en la coyuntura que los empresarios creen propia, ¿quiénes van a triunfar? Porque las corridas, ésas y las demás acostumbradas en fechas solemnes, van a celebrarse. Sin duda, una cosa es lo que se diga ahora de cortar aquí o reducir el número allá, y otra lo que luego se hace ante la imposición de las circunstancias.

Por lo que respecta a la Plaza de Madrid, ¿tampoco los "ases" van a venir este año más que a las benéficas, ya que esgrimen el argumento de que en ésas son donde únicamente perciben honorarios altos?

Quedan otras consideraciones por hacer antes de que la temporada comience. ¿Va a continuar el preciosismo o va a imperar el gusto por la lidia? Porque, desde luego, hay un hecho concluyente: que el calendario no vuelve atrás, y que con la muerte de "Manolete" se ha cerrado un ciclo del toreo. Es indiscutible que ahora empieza otro.

EMECE

AYER Y HOY

Por ANTONIO CASERO



- Como siempre..., ¡esperando un cambio de suerte!...

ANTONIO CASERO *

Con Rafael González, "Machaquito", después de su última "cogida"

"¡Aquí estoy, detrás del burladero!"

OTRA vez ha estado estos días en la actualidad de los periódicos y en el comentario de los aficionados el nombre —evocación de una época del toreo— de Rafael González, «Machaquito». Su grave dolencia, que ha hecho necesaria una delicada intervención quirúrgica, ha motivado este «recrudescimiento» de la popularidad del compañero de Ricardo «Bomba».

Por esta circunstancia, al visitarle hoy —ya desaparecida la gravedad que sin duda existió, y muy acusada— en el Sanatorio de «La Purísima Concepción», nos parece verle convaliente de su última «cogida».

Así se lo decimos, al estrechar su mano y observar su semblante sonriente, bañado de eterna simpatía.

—¡De «cuidao» ha sido ésto! —nos contesta, siguiendo la broma—. Porque el toro me cogió a traición y...

Y nos refiere cómo el domingo, 11, después de hacer por la mañana su vida habitual, a mediodía se sintió indispuerto y hubo de ser operado aquella misma tarde por el doctor Luque de una perforación de estómago.

—Total —termina—, una nueva brecha y unos cuantos puntos que agregar a los que dieron a mis carnes...

—¡Eso no tiene importancia para «Machaquito»! —respondemos.

Habla don Rafael González Madrid de manera animosa. Entran varios amigos, los saluda y bromea. ¡Gran carácter el de este hombre! Mientras, un familiar nos refiere la última anécdota del famoso ex diestro. Fue ésta:

«Acababa de ser sometido a la intervención quirúrgica. Se encontraba aún en la cama de operaciones. Una sábana le cubría hasta más arriba

de la barbilla. Un íntimo suyo se acercó para interesarse por su estado. «Machaquito», al verle, dijo, moviendo la cabeza en tono de lamentación:

«¡Aquí me tienes, detrás del burladero!...»

Ríe otra vez «Machaquito». Ahora le preguntamos si recuerda los percances «oficiales» de su vida torera.

—No fueron pocos, no. Unos diecisiete...

—¿Pero los más graves?

—El de Murcia, el 23 de abril de 1905. Fue una cornada en la mano izquierda, que me dió un Miura. Y el de Palma de Mallorca, el 4 de julio de 1908, en la pierna izquierda, por un toro de Sallillo. «Guipeto», se llamaba el mozo... Por esta última «cogida» perdí treinta y dos festejos.

—Y el de más extrema gravedad, ¿lo recuerda?

—¡Ya lo creo! En Madrid fué, el 6 de octubre de 1911. No fué «corná». Fué una voltereta que me dió el toro «Pandero», de Gamero Cívico. Al caer de cabeza me produjo una fuerte distensión de los ligamentos cervicales. Y aquello fué dolorosísimo. Puede decirse que ha sido el más grave de los percances que yo he sufrido. Antes del de ahora, naturalmente...

Pero de éste también ha salido usted triunfante, como en su mejor época.

—Entonces soportaba yo las curas con una entereza, con un ánimo... Ahora, ya es otra cosa: la edad, los achaques, me hacen temer... ¡Son ya sesenta y ocho años, señor!

Pero la naturaleza fuerte —envidiable— de Rafael González Madrid ha triunfado una vez más también sobre la dolencia. Y aquí está de nuevo «Machaquito», sonriente, animoso, optimista.

—¿Irá usted al campo a reponerse?

—Pues, tal vez sí. A mi huerta San Rafael me irá, con mi esposa, con mis hijos y con mis nie-



Una de las últimas fotografías de «Machaquito», antes de ser operado

tos y con los buenos amigos que quieran ir a verme.

Como cuando era torero, «Machaquito» vuelve al campo a recuperar la perdida salud. Mientras, aquí, en el Sanatorio, recibe los cordiales testimonios de sus amistades de siempre y de los que fueron sus admiradores, no sólo de Córdoba, sino de España entera, donde aun se recuerda a aquel torero de figura menuda, todo nervio, valentía, pundonor y arrojo, que hoy es este caballero todo sencillez, cordialidad, simpatía, franqueza y bondad.

JOSE LUIS DE CORDOBA



«Machaquito», en el Sanatorio Rafael González conversa con el ganadero cordobés don Eduardo Sotomayor (Fotos Ricardo)



Tomás Castillo, «Relámpago», último picador de toros que tomó la alternativa en Madrid

De la biografía de Tomás, «RELÁMPAGO»

La última alternativa de picador de toros

EN el arte de picar toros se fueron unas cosas y llegaron otras. Antes, los picadores iban a la Plaza orgullosos en sus caballos; caballos desprovistos de esos petos horribles que les asemejan a las «mujeres malas», con corsé, que pintaba Gutiérrez Solana. Ahora, el picador toma asiento en un ómnibus de «servicio de estaciones», como viajero que no encontró «taxi», con pérdida de toda vitola de torero de a caballo. «In illo tempore», el picador se desayunaba con un cortadillo de aguardiente, y en las presentes calendas moja un bizcocho en una canónica taza de soconusco. Antaño, rodaba por la «candente arena», en una vara y otra, en tanto hogaño, es el torete el que resulta derribado al cabo de hora y media de darle vueltas a la «carlota». En fechas lejanas, los varilargueros figuraban en los carteles con letras grandes de «vedette», en contraposición con la letra menuda destinada a los matadores. Y antes, al que picaba toros ya no podía picar novillos, consiguiendo el ascenso en la ceremonia previa de cesión de garrocha por el picador más antiguo entre los actuantes, lo mismito que los matadores de novillos reciben la cesión de trastos, para serlo de toros, en espaldarazo que también les otorga el espada más antiguo en la fecha solemne.

Otros tiempos trajeron otras costumbres. Los subalternos de hace ya mucho tiempo se contagiaron del celeberrimo «Tío Mangas» y de su «formalidad», que le llevó, a los ochenta años, a ser expulsado de la escuela por enredador; y así, los picadores no guardaban protocolo y picaban indiferentemente en corridas serias o en funciones chicas, y en las cuadrillas, como hijos, duraban poco más o menos, un cuarto de suspiro. Lógicamente, pues, las alternativas de picadores desaparecieron, asesinadas por su misma inutilidad.

Pero... en 1914, al constituirse una Unión de Picadores, los fundadores de la entidad y redactores de sus estatutos creyeron de efecto resucitar la ceremonia de la alternativa, con la consiguiente obligación de no volver a las novilladas los varilargueros que aceptasen la formal investidura. Establecida la obligación, el primero que volvió a fundirse en los viejos moldes fué Antonio Martínez, «el Cid», de Valladolid él, «doctorado» en una corrida extraordinaria celebrada en Madrid el martes, 26 de mayo, y el segundo y último, Tomás Castillo, «Relámpago», ascendido en la octava corrida de abono, dada el 31 de igual mes.

Tomás Castillo era el fundador de una larga dinastía de buenos picadores, siquiera el apodo-

do «Relámpago» no lo instituyese Tomás, sino su padre adoptante, popular mojiganguero zaragozano del último cuarto del Siglo XX, quien competía en hazañas risibles con el «Sordito» en la Plaza de la capital y en otras regionales; vino a dar, terminada la etapa torera —vamos al decir—, en servidor del contratista de caballos Tomás Zaldívar. Y de este nuevo oficio, y como amilló al dedo y sin esfuerzo alguno, nació la profesión de su prohijado Tomás y la de sus hijos Manuel, Mariano y José —hermanos de madre de Tomás—, y más tarde, en los tiempos que corren, la de su nieto Antonio, el excelente varilarguero, a las órdenes recientes de Paco Muñoz.

Tomás Castillo —o Bravo, en carteles y programas— se encontró en cierta fecha, tan cierta como la del 15 de septiembre de 1901, transformado de sopetón en picador de novillos, por obra, gracia y autoritaria decisión de Tomás Zaldívar, quien, en el patio de caballos de la Plaza zaragozana, le comunicó, sin réplica posible: «El domingo, toros.» Y desde aquel domingo hasta su retirada, y después de diez años a las órdenes de Zaldívar, quien le buscaba jefes eventuales, fué de plantilla, más tarde, con Serafín, «Torquito»; con Zacarías Lecumberry, con Florentino Ballesteros, con «Malla», con «Valencia II», con Bernardo Caselles, con «Gitamillo» el de Ricla, con Mamolo Gracia, con «Morenito de Zaragoza» y con Félix Rodríguez, el malogrado gran torero santanderino-valenciano, a cuya cuadrilla pertenecía al decidirse por la retirada, a los cincuenta y tantos años —ya que nació en Zaragoza el 4 de enero de 1880—, y fijar la residencia en Madrid, donde vive fuerte y sano, y sea por los que Dios quiera conservarle.

Y vamos a su alternativa, última que registra la historia del toreo. En la fecha dicha y corrida de abono citada, fueron lidiados seis poderosos toros de don Esteban Hernández, escrupuloso ganadero, que no se andaba en chiquitas en eso de presentar corridas con cuajo. Eran los espadas contratados para despacharlos, Joaquín Navarro, «Quinito», Rodolfo Graña y Serafín Vigola, «Torquito», y en todos los toros formó tanda, según la costumbre seguida en las alternativas de picadores, el Tomás, «Relámpago», que en este artículo nos ocupa.

El toro de la alternativa se llamaba «Matajaca», estaba señalado con el número 4, era cárdeno salpicado y con bragas, y era nada menos que todo un toro. De padrino en la ceremonia actuó Manuel Gil, «Cachiporra», y tras la cesión de la garrocha, el «varicantano» puso la primera vara, quite a cargo del «señor Joaquín», a cuyo nombre le iría bien una música zarzuelera si no se tratara de un hombre tan serio como el poseedor de las muletas más grandes. En toda la tarde, Tomás «Relámpago», tuvo ocasión de poner trece varas que le proporcionaron siete caídas, con la sola pérdida de un jaco. Bien estudiada la cosa, y en dos los tiempos, el poderío de las resas, y la ausencia de petos, no era mucho perder. Por algo y no en vano, el primer «Relámpago» gozó fama de buen picador.

Con el «doctorado» de Tomás terminó el resurgimiento de las alternativas de picador, que, ya no tenían ni ambiente ni razón de ser. Nuevos tiempos, nuevos modos; novillos o toros para picarlos indistintamente; una vara, a veces, durante toda la tarde, y lo dicho: chocolate por desayuno.

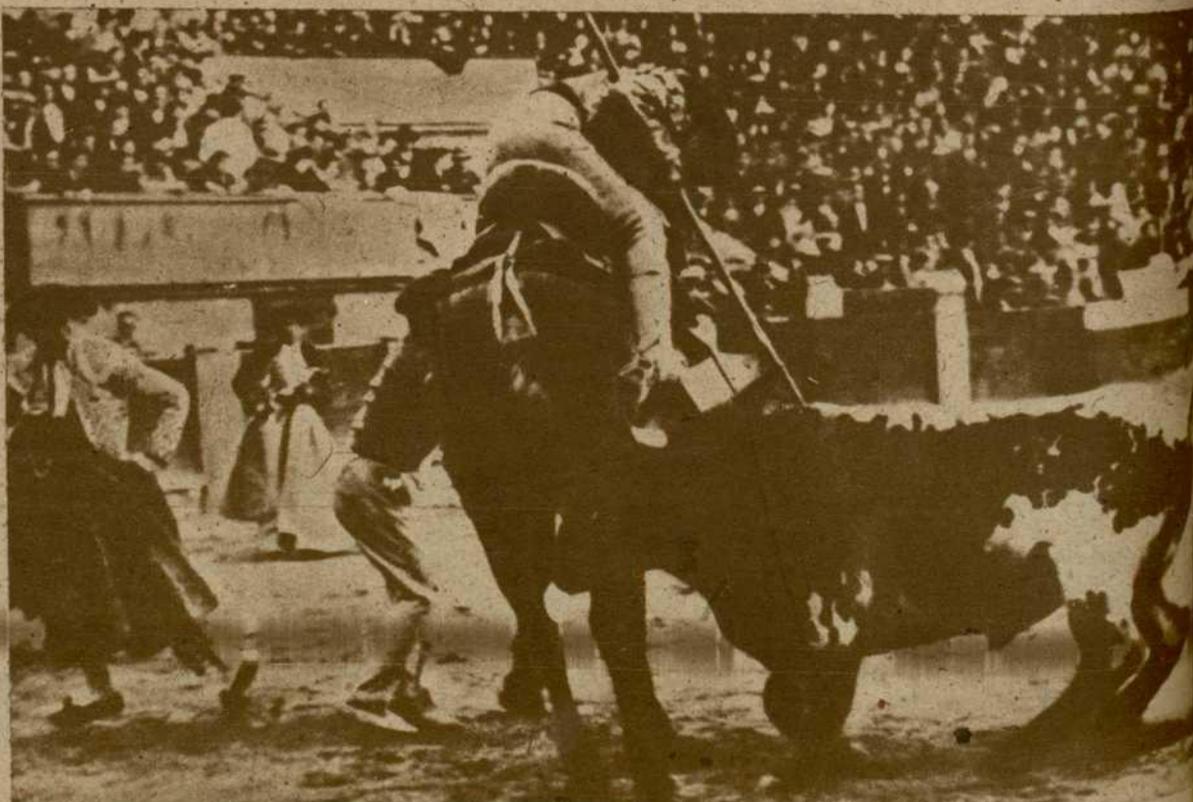
Y menos mal —como ya dije en otra ocasión en estas mismas columnas— que todavía, de vez en cuando, se ve a algún «picador» que se escapa con brío en la mano derecha para que la garrocha no se le escape de ella y poder cargar bien sobre el palo. ¡Ah!, ante estos «bellos gestos», el viejo aficionado se quita unas docenas de años de encima. Y a los aficionados jóvenes, acostumbrados a toritos de doscientos kilos y a las vueltas al ruedo con obsequio de flores envueltas en papel celofán, les llega el momento de que se les llame la atención y se les diga:

—¿Veis? Ese es un detalle de corrida de abono. Detalle de una época en la que los picadores bebían «matarratas» para desperezarse y usaban de ese natural lubricante, que es la scliva, para poder agarrarse mejor. Y, ¡qué caramba!, romper al toro a la mayor satisfacción del «picador».

Quien le sonreirá agradecido y le alentará para ulteriores empeños con esta frase:

—¡Bien, Fulano; así se pica!

DON INDALECIO



Tomás Castillo, «Relámpago», en la suerte de varas

Don Felipe de Pablo Romero

EL año 1906, y por fallecimiento de su señor padre, don Felipe de Pablo, entró en posesión de una de las más famosas ganaderías el inteligente aficionado sevillano y entendido criador de reses bravas don Felipe de Pablo Romero.

Ventid años habían transcurrido desde que el viejo don Felipe adquiriera a don Carlos Conradi la mitad de la vacada que este último hubo de comprar poco antes a don Rafael Laffitte y Castro. Y en ese lapso de tiempo el nombre del escrupuloso ganadero andaluz llegó a conquistar los máximos honores por la bravura de las reses y el esmero en la presentación de las mismas, timbres gloriosos que después ostentaron su hijo don Felipe y más tarde los descendientes de éste y nietos de aquél, don José Luis y don Felipe de Pablo Romero.

Diferentes sangres entraron en la formación de la ganadería, que, a partir del mes de octubre de 1885, disfrutó el señor De Pablo. Principalmente casta de los Gallardo —mezcla andaluza y navarra—; luego, casta vazqueña, y, por último, castas jijona y de Cabrera.

Mas vayamos despacio en el complicado historial y relatemos, con la brevedad que nos impone el artículo, la trayectoria de cada parte antes de llegar a su total fusión en manos del señor Laffitte.

La vacada de don Francisco Gallardo y hermanos, del Puerto de Santa María, la fundó sobre los años 1760 a 1764 el sacerdote de Rota, don Marcelino B. de Quirós, con vacas bravas de la región andaluza y escogidos sementales navarros. Algún tiempo después hubo de venderla a los señores Gallardo, lidiándose toros en Madrid a nombre de don Francisco y hermanos, con divisa blanca, como «nuevos y a prueba», el día 4 de mayo de 1792, en unión de varios de Jijona y de otros de dos ganaderías también nuevas: la de los Padres de la Cartuja, de Jerez, y la de don Alonso de Prados, de Arcos de la Frontera.

Hacia el año 1820, los hermanos Gallardo se separaron, vendiendo cada uno de ellos la parte de la ganadería que les correspondió, adquiriendo considerable porción de reses don José Luis Alvareda y don Pedro Echeverrigaray, vecinos del Puerto, quienes explotaron la vacada en común hasta que, disuelta la sociedad y fallecido Echeverrigaray, la testamentaria cedió el ganado a don Antonio Sánchez Bazo. Este último lo traspasó algunos años más tarde a don Miguel Martínez Azpillaga, el cual, a su vez, lo hizo a la viuda de Larraz, cuyo hijo, don Ramón, se lo vendió en 1864 al duque de San Lorenzo, de quien pasó en 1871 a don José Bermúdez Reina.



El segundo don Felipe de Pablo Romero, al poco tiempo de hacerse cargo de la ganadería, y en cuyas manos alcanzó ésta el más alto prestigio

Antiguo ejemplar de Pablo Romero, con típicas características de las castas vazqueñas y de los Gallardo

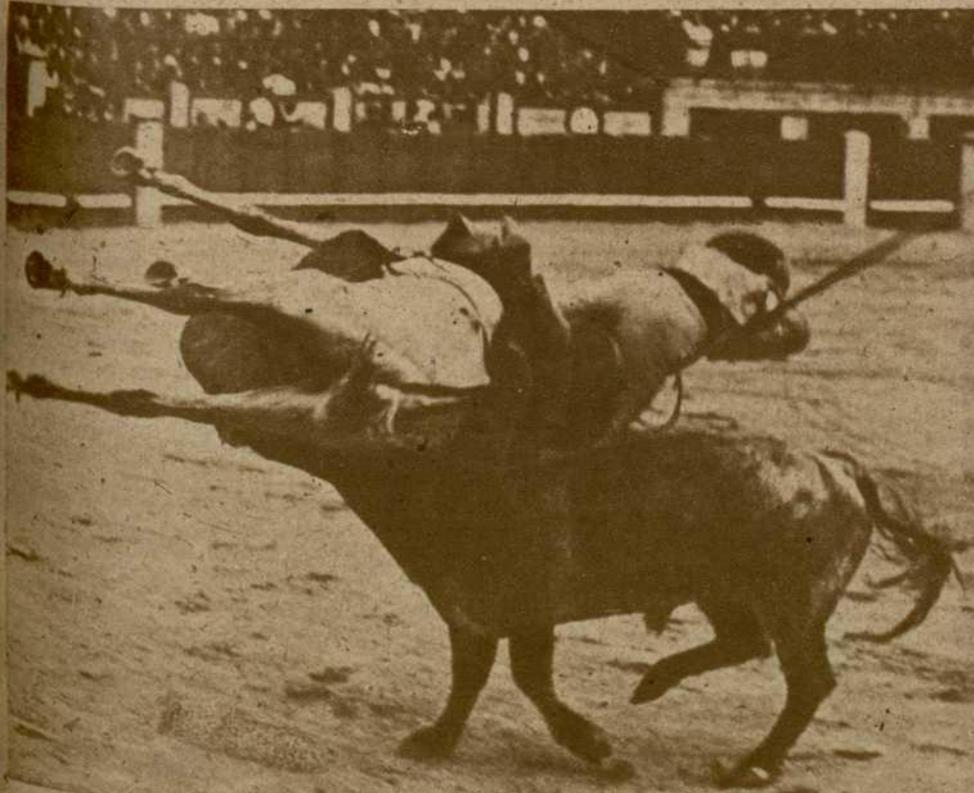


Procedente de casta vazqueña tuvo el señor Bermúdez Reina —por compra en 1868 de quinientas cabezas a los hermanos Benjumea— una ganadería, a la que unió la del duque de San Lorenzo, y que en 1874 enajenó a don Rafael Laffitte y Castro.

También este señor poseía desde 1870 la renombrada vacada del vecino de Córdoba don Rafael José Barbero —formada con hembras jjonas y sementales de Cabrera—, y al adquirir la de Bermúdez Reina se encontró con una selecta piara, en la que figuraban como originarias, en mayor o menor proporción, las más antiguas y acreditadas castas.

A nombre de don Rafael Laffitte se lidiaron toros por vez primera en Madrid, con divisa encarnada, blanca y amarilla, el 11 de mayo de 1875, y diez años después, como ya al principio indicamos, vendió la forada al señor Conradi, de quien adquirió una parte don Felipe de Pablo Romero.

Detalle del empuje y poder de un Pablorromero



Dueño el criador sevillano de extensas fincas, cuidó con mimo la vacada, y desde su debut en la Plaza de Madrid, el 9 de abril de 1888, cuya tarde lucieron las reses cintas azul celeste y blanca, marcó la norma de cómo habían de presentar los toros de lidia los ganaderos con conciencia. Pauta que, sin claudicaciones, hubieron de seguir hasta la actualidad todos sus descendientes.

A la muerte del primitivo ganadero señor De Pablo, se hizo cargo de la vacada su hijo, llamado igualmente don Felipe de Pablo Romero, el que, continuando la ruta de su progenitor, la atendió y seleccionó con tal inteligencia y afición, con tal lujo y desprendimiento, que a los toros de esta divisa les catalogó el público como los mejores en cuanto a presentación y condiciones de lidia, y a

su dueño como el más escrupuloso y desinteresado criador de todas las épocas.

En don Felipe de Pablo Romero no influyeron los vaivenes y transiciones que de vez en cuando ofrece la Fiesta. Ajeno por completo a conveniencias de unos y otros, y sin ánimo de cálculo o lucro alguno, él continuó sin escamotear los puros principios de la crianza y presentación del toro bravo. Y con callado, pero orgulloso tesón —no exento de grandes sacrificios económicos—, vino conservando la clásica y tradicional costumbre de servir TOROS.

Mientras multitud de ganaderos arrastraban por el barro del descrédito jirones de antiguo esplendor, doblegándose ante intolerables exigencias o personales egoísmos, don Felipe mantuvo durante toda su vida la rectilínea y honrada conducta heredada de su padre.

No es de extrañar, pues, que los pablorromeros alcanzaran justa y merecida fama —de la que hoy siguen disfrutando—, porque, por su magnífico trapío, por su bravura y poder y por su extremada docilidad, llenaban las aspiraciones del más exigente aficionado.

El 29 de diciembre de 1943 murió en Sevilla don Felipe, a la avanzada edad de ochenta y cuatro años; pero ya con muchísima anterioridad había cedido a sus hijos la dirección de la prestigiosa vacada.

Fallecido también hace poco tiempo uno de ellos, don Felipe, quedó como dueño don José Luis, quien, siguiendo la línea recta de sus antepasados, regenta actualmente la famosa ganadería andaluza vinculada desde hace más de sesenta años a una misma familia.

PINTURA y ESCULTURA sobre el arte y

El pintor Federico Echevarría tiene la muleta que usó "Manolete" en su última faena, manchada con sangre de "Islero"

EN plena Gran Vía madrileña, un público heterogéneo y sin prisa se renueva en la contemplación del retrato de «Manolete», que allí, entre severos terciopelos rojos, se exhibe. Es un cuadro grande —más de 600 metros de altura—, en el que aparece el infortunado cordobés como sorprendido en el instante de dar la vuelta al ruedo. Las mulillas, al fondo, se llevan —alégres y cascabeleras— al toro muerto, mientras la multitud aplaude en los desiguales graderíos. La Plaza es humilde, pueblerina... Y algo triste. Como el cielo bajo y nuboso que cierra el paisaje. Como la mirada quieta y sin brillo del torero. En un rincón del cuadro se advierte una breve dedicatoria: «A tí, Manolo». Y la firma del pintor: Federico Echevarría.

...

—¿Sabe usted por qué hice ese cuadro?
El artista se contesta a sí mismo:

—Fué como un encargo póstumo del pobre «Manolete». Era un buen amigo mío. Le conocí en 1941. Desde entonces siempre que iba por Bilbao venía por mi Estudio. Se interesaba por mis trabajos y le gustaba curiosear en mi pequeño museo... Yo, a mi vez, procuraba no perderme ninguna corrida en la que él torease. El año pasado, en Vitoria, al entrar en la habitación donde se vestía «Manolete», éste me saludó así: «Bueno, Fede; ahora es menester que te dejes de caricaturas y me pintes haciendo el paseillo... Porque me voy de los toros. Me voy de «verdad». Volví a verle en San Sebastián pocos días después. Le prometí no olvidar su deseo. Y cuando ya estaba a punto de comenzar, me llegó, de pronto, como un relámpago doloroso, la noticia de su muerte.

—¿Se puso entonces a trabajar?

—Sí. Yo tenía hechos varios diseños de «Manolete». Pero apenas si los utilicé. Había estudiado mucho su toreo, sus gestos, sus andares... y cerrando los ojos podía reproducir su imagen.

Comencé por realizar varios bocetos del rostro, hasta encontrar lo que yo quería: un «Manolete» que fuera como un reproche a tanta incompreensión como le rodeaba en los últimos tiempos. Uno de esos dibujos fué a parar a manos de «Cantimplas», banderillero y primo hermano de Manolo.

—¿Qué hizo después?

—Pasé entonces a estudiar la figura. Cosa más fácil, desde luego. Después me puse a manchar el lienzo.

—¿Tardó mucho?

—Dos semanas.

—¿Expuso el retrato en Bilbao?

—No. Allí lo vieron mis amigos en el Estudio. Esta es la primera vez que se expone al público.

—¿Qué hará con el cuadro?

—Aun no lo sé. Lo pinté sin ningún propósito determinado. Ya le dije que fué como un compromiso ineludible. Ahora... no sé lo que haré con él. Me lo solicitan para un comprador americano, de Nueva York, que quiere añadir a su colección el retrato del mejor torero de España. Pero aun no decidí nada.

Echevarría nos habla de los retratos que hizo a Pepe Luis Vázquez y a Rafael Albaicín, ya conocidos del público madrileño, por haber figurado en su Exposición del pasado año.



Federico Echevarría

—Ahora —prosigue el pintor— trabajo para mi próxima Exposición... Traeré también varios temas taurinos. Y dos retratos, que yo titulo «Torero de pueblo» y «El Curro».

—¿Qué suerte del toreo considera usted de mayor belleza plástica?

—Sin duda alguna, la de varas. Aunque a mí, la verdad, me agrada más pintar capeas pueblerinas. Rehuyo, en cuanto puedo, el fondo demasiado fácil de la Plaza de Toros de gran ciudad.

—¿Algún maestro en sus comienzos?

—Ninguno. Si acaso, un antecedente familiar: Juan Echevarría, tío mío, cuya firma se prodiga en el Museo de Arte Moderno. Pero a mí nadie me enseñó a manejar los pinceles. Esto no quiere decir que yo no haya aceptado las lecciones o indicaciones de cuantos quisieron opinar sobre mis cuadros.

—¿Siente predilección por algún pintor?

—Concretamente, en los temas de la Fiesta brava, creo que Goya no fué aún superado.

...

Federico Echevarría, que a su maestría como pintor añade una gran afición a la Fiesta, que le ha llevado a tomar parte en varios festivales en los que incluso alternó con figuras como Martín Agüero y Pedro Robredo, posee una pequeña pero valiosa colección de recuerdos taurinos instalada en su Estudio de Bilbao. Aparte de viejos carteles en seda, libros raros y otros objetos, cuenta con piezas de indudable valor. Así, el capote azul celeste con flores y oros, con el que «Manolete» hizo el paseillo en Madrid, cuando se doctoró. Y el traje de luces que sacó Pepe Luis Vázquez en Madrid, el día de su alternativa. Y un fundón que utilizaron «Machaquito» y «Camará»...

—Pero lo más estimable de mi colección —nos dice Echevarría— es todo aquello que guarda relación con la muerte de «Manolete». Tengo la muleta que usó en su última faena, manchada con su sangre y con la de «Islero». Me la regaló la madre del torero cuando fui a verla a Córdoba. También tengo una mascarilla del cordobés, una de las seis que se obtuvieron del original. Y la almohada sobre la que reposó su cabeza en la cama del hospital linarense. Me la envió la propia superiora del establecimiento, con una carta que guardo como prueba de autenticidad. Lleva como señal una marca: «Habitación 18». Creo que lo demás tiene poca importancia.

FRANCISCO NARBONA



Retrato de «Manolete», pintado por el artista bilbaíno Federico Echevarría

y la personalidad de "MANOLETE"

Una escultura de "MANOLETE"

Es obra del artista
LAIZ CAMPOS

EN el Salón de Exposiciones de la Asociación de la Prensa los espectadores pueden contemplar una escultura de «Manolete». Y decimos espectadores, porque en el solo hecho de la contemplación se unen, en este caso, los aficionados al arte y los aficionados a la Fiesta Nacional. El escultor, con esta obra encontraba dos dificultades: las propias de llevar al volumen una figura humana de cuerpo entero, y otra, ajena al arte mismo, la de saber que entre los contempladores de su escultura iban a estar los amigos del diestro,

para los cuales, en su mayoría, la bondad del resultado estético estribaba casi principalmente en el parecido que el artista hubiera captado. Y Laiz Campos ha triunfado en ambas partes. Como obra escultórica, tiene aquellas características inherentes a la estatuaría en el género que ha elegido, ya que la figura humana le sirve para hacer una bella demostración de conocimientos de oficio a los que después ha incorporado ese acento personal que nos ofrece la fidelidad del modelo y el aliento del arte que le presta la categoría. Pertenece Laiz Campos, por temperamento artístico, a la línea más ortodoxa de nuestra escultura, sin que le hayan llegado modos y maneras que le hagan seguir inquietudes ajenas al canon clásico, y así, dentro de esa dificultad, ha logrado incorporar a nuestra galería de retratos contemporáneos la silueta del diestro cordobés aureolada de leyenda y con aire de romance.

Ha elegido el escultor la actitud más conocida de «Manolete»: el brindis, cuando, sabiendo la importancia de su acto, se dirigía a la Presidencia, antes de llegar al enemigo, para crear luego la nueva filosofía de los toros, superior siempre a la geometría «científica» que otros defendían. Y ese gesto del creador, del gran romántico de la Fiesta, con toda la importancia que el califi-



E. Laiz Campos

cativo puede tener como consecuencia de una escuela y de una preceptiva, lo ha llevado Laiz al volumen con la grandeza necesaria que ofrezca al espectador el mejor recuerdo y cree el símbolo, que es al fin y al cabo lo más importante.

Esta escultura posee, entre otros valores, el muy decisivo de estar realizada concediendo a las dimensiones todas las ventajas. Alguien ha dicho que la escultura española carece de una dimensión, y así puede ser en ciertas muestras; pero en la obra que comentamos todo se ha hecho concediendo al modelo la visión más amplia y sin hurtar las dificultades que tan fácilmente podía haberse conseguido. «Manolete» es acaso la producción más lograda de este joven escultor, en la que ha puesto, además de la profesión de su fe artística, ese entusiasmo que sin querer se deja impreso en la materia cuando la mano que lo realiza tiene el calor de la inspiración y la ambición de conseguir con la belleza el ofrendar al amigo y al artista el homenaje de otro arte.

PEDRO DE CASTILLA

«Manolete», obra del ilustre escultor Laiz Campos, que ha sido expuesta en el Palacio de la Prensa y que ha merecido unánimes elogios de la crítica y del público



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

PODRA subsistir el toreo tal y como, en general, se ha practicado estos últimos años, cualesquiera que sean la edad y el peso de los toros? Afirmamos el jueves pasado que sí podrá subsistir; y prometimos demostrarlo. Pero ahora, frente a las cuartillas, hemos vacilado no poco antes de empezar. ¿Qué hay, en efecto, de ciencia en el arte de torear que pueda demostrarse? ¿Acaso existen siquiera unas reglas inmutables, unas normas clásicas jamás controvertidas o puestas siquiera en tela de juicio?

Ni siquiera las "Tauromaquias" nos llevan a su encuentro, porque aun las conclusiones que podríamos llamar definitivas, como las de terrenos, por ejemplo, sólo en teoría resultan aceptables, ya que de sobra, en la realidad de la brega, sabemos que el toro hace suyos los que quiere, según sus condiciones, y que los diestros pueden ordenarlos cada tarde según su valor y sus maneras.

Pero por estos caminos nos alejaríamos muchísimo de nuestro primordial propósito, y no queremos. La cuestión está planteada en la creencia, que a nosotros nos parece equivocada, de que sólo al toro joven se le puede hacer la gran faena tipo que consagró a "Manolete". Háyanlo visto o no, son millares y millares los aficionados que aseguran de modo inapelable que a un cincoaño ni se le puede hacer la estatua, ni darle un parón, ni correrle la mano en una larga serie de naturales, ni hacerlo girar suavemente en una buena tanda de templados pases en redondo alargada la flámula con el estoque, ni nada, en fin, de lo que ahora es necesario hacer para triunfar ante los públicos. Se basan en el supuesto —falso, a nuestro juicio— de que "edad es igual a sentido". Se habla del sentido del toro como de una consecuencia natural de la edad, y hasta se hacen comparaciones con las características humanas. Es decir, que se cree que el toro es un párvulo fácil de engañar hasta los cuatro años, pasados los cuales entra en la edad adulta, con la consiguiente madurez de su inteligencia, que le hace malicioso y reservado.

Todo eso equivaldría a decir que los lidiadores de antaño, los que existieron hasta el momento de pisar un ruedo el primer cuatreño, no se enfrentaron jamás con un toro noble, franco y codicioso.

Creemos rotundamente que Francisco Montes no lidió nunca un toro menor de cinco años, que más bien los lidiaría de seis y de siete, y, sin embargo, dice en "El arte de torear", según la versión del aficionado "Pilatos" (don José Santa Coloma) —después de clasificar a los toros en boyantes, revollosos, que se ciñen, que ganan terreno, de sentido y abantos—, que "se llaman toros "boyantes", "francos", "sencillos" o "claros", aquellos que, sien-

do muy bravos, conservan la sencillez propia suya, y, por consiguiente, puede decirse de ellos que son los que tienen más pronunciadas las inclinaciones con que la Naturaleza marcó su especie." La característica de la sencillez —falta de malicia— es, pues, según Montes y otros tratadistas, la que constituye la propia naturaleza del toro de lidia; es una condición nativa de su especie. "Estos toros"—continúa Montes— son los más a propósito para todas las suertes, van siempre por su terreno, siguen perfectamente el engaño, y las

rematan con tanta sencillez y perfección, y tan sin peligro del diestro, que parecen, más bien que una fiera, un animal doméstico enseñado por él." Cualquiera diría que acababa de hacer la descripción de un utrero.

El sentido del toro es la más temida característica para el torero; pero no es privativa del toro de edad, sino de todos los toros, jóvenes o viejos, que la acusan por la misma ley biológica que otros acusan la mansedumbre. Es innegable que en estos ocho años de la égida de "Manolete" se lidiaron toros de sentido, boyantes, abantos, que se ciñen, revollosos, y que ganan terreno, sin sumisión alguna a sus años. Podríamos recoger críticas de los más exigentes, en las que esto quedó suficientemente probado. Y aun veríamos más. Veríamos cómo éste o el otro diestro supieron aplicar al manso el moderno estilo y desengañar al de sentido y aguantar al revoltoso. Lo supo muchas, muchísimas veces, "Manolete", que en pugna con las cualidades de un toro y con la hostilidad del público, sabía acreditar con su arte, su ciencia, su honradez y su genio, que su toreo era posible por él.

Precisarán —precisan— todos los diestros que no sean exactamente "Manolete", o que no hayan asimilado de modo absoluto sus maneras, lo mismo ante el toro cincoaño que ante el cuatreño, e incluso el utrero, conocer y advertir, en el breve tiempo que dura la lidia de un toro, no sólo las características con que aparece en la arena, sino las modificaciones que en él se operan hasta el instante mismo de su muerte, para acoplar a ellas el toréo puesto en boga, que ya no podrá retroceder, so pena del porvenir de la Fiesta.



Francisco Montes



«Pepe-Hillo»



Domingo Ortega



«Manolete»

Domingo Ortega, capacitado para escribir una Tauromaquia como las que en sus respectivos tiempos escribieron "Pepe-Hillo" y Montes, con su larga experiencia, con su maestría innegable y con la objetiva observación del fenómeno que pasó por su lado, debería escribirla. Debe ya, en la próxima temporada —creemos que ella puede ser la auténtica y mejor temporada de Ortega—, demostrar que cuando no se tiene

el genio de "Manolete" se puede hacer el toréo de "Manolete" con sólo incorporar unas normas clásicas, esas que están en todas las Tauromaquias, y que él —Ortega— incorporó, en los comienzos de su carrera, con un aire nuevo, con un estilo propio, bello y emocionante. Todo menos el paso atrás, que sería languidecer, hasta la aparición, siempre posible, de otro renovador que concitase en su torno las apasionadas polémicas que suscitó "Manolete", como antes Belmonte, que llevaron a la máxima tensión y extensión el entusiasmo por la Fiesta.

XEREZ-QUINA

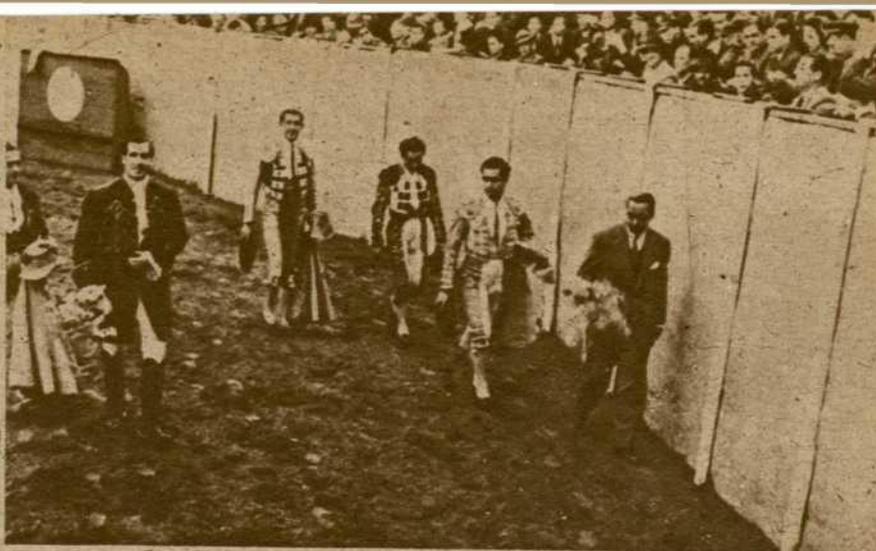
EL APERITIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

TOROS EN EL EXTRANJERO

Una corrida en las ISLAS AZORES

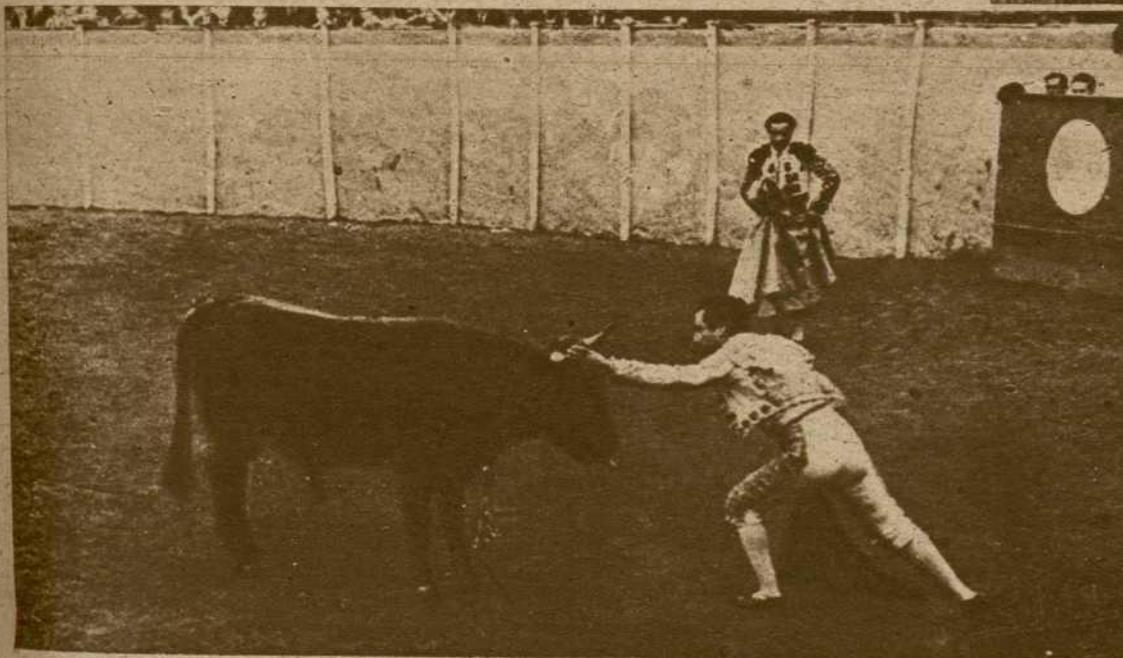
Augusto Gomes, el rejoneador Lopes y el empresario Ovelha, agradecen los aplausos del público



Augusto Gomes Junior, en la Plaza de Angra, capital de la isla Terceira, en las Azores

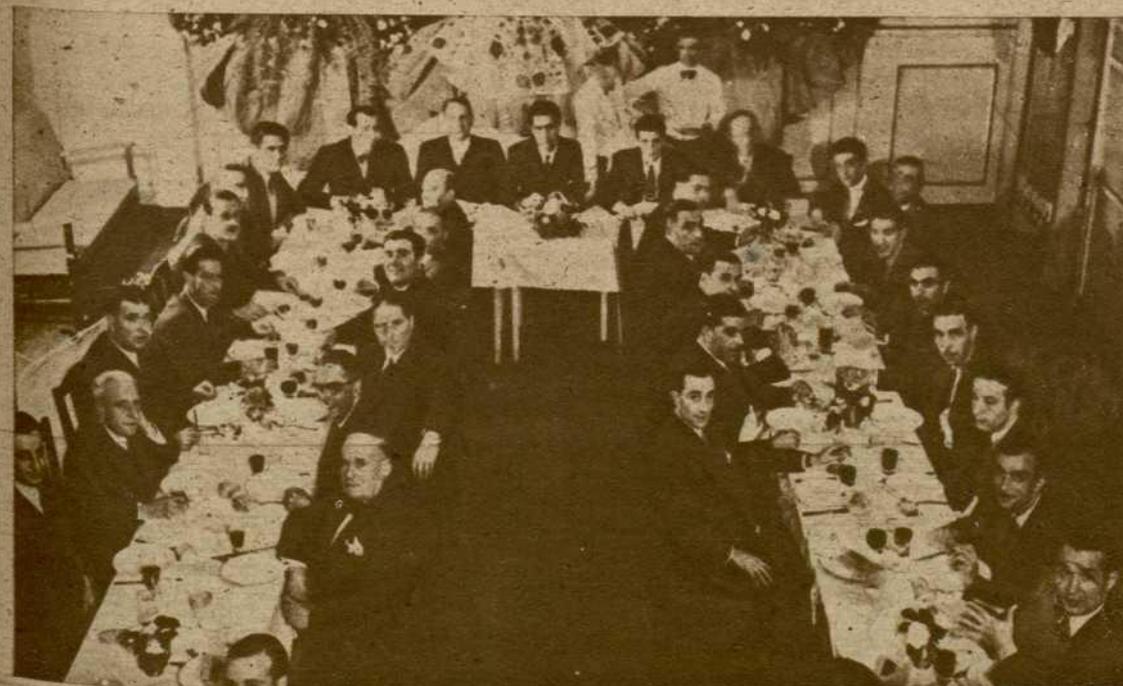


Gomes Junior en su faena de muleta de la corrida del día de Navidad en la Plaza de Angra



Augusto Gomes en un adorno (Foto Central)

Acabada la fiesta taurina en Angra do Heroísmo, Augusto Gomes Junior es obsequiado por los aficionados de la isla Terceira con una comida



TAMBIEN en esta provincia insular de Portugal cuentan con su temporada taurina. Breve, pero no por ello menos interesante. Cinco corridas se han dado desde el 7 al 25 del pasado diciembre en la Plaza de Toros de San Juan, de la bella ciudad de Angra do Heroísmo, capital de la isla Terceira.

La organización corrió a cargo del empresario portugués don Alfredo Ovelha, y en todas ellas intervinieron el rejoneador Alfredo Luis Lopes, el espada Augusto Gomes Junior y el grupo de «mozos de forcados» que dirige Duarte de Noronha. El ganado lidiado en todas las corridas pertenecía a las ganaderías de Cândido José Ponciano y José Pereira Coelho.

A juzgar por las referencias de Prensa que poseemos, fué en la quinta de feria donde los aficionados de las islas Azores se entusiasmaron. Nada menos que de «entusiástica y gloriosa» la considera el crítico de «Sol e Sombras» de Angra.

El caballero Lopes, con un toro muy bravo que cortaba los terrenos de la jaca, hizo levantar de sus asientos a los entusiasmados espectadores. Tras clavar varios rejones con singular acierto, puso cuatro pares de banderillas, los dos últimos encerrado en tablas. Al concluir su labor hubo de dar la vuelta al ruedo y salir a los medios.

No fué menos lucida la labor del diestro Gomes, que ya en el primer tercio escuchó grandes ovaciones por una serie de ceñidas gaoneras. Colocó dos pares de banderillas de poder a poder, teniendo que saltar, montera en mano, antes de comenzar la faena de muleta.

Empezó con unos derechazos muy templados, siguió por pases en redondo, y a continuación vinieron las manoleínas «mirando o tendido». Adornos cogiendo la cepa del pitón y el delirio en los graderos.

Más faena no menos confiada y artista, y la música toca un pasodoble. Hay un gran silencio cuando Augusto se perfila para matar, simulando la suerte como un consumado estoqueador. El diestro lusitano se vió obligado a dar dos vueltas al ruedo y salir a los medios para agradecer los ensordecedores aplausos.

La Plaza registró cinco llenos. «¿Quién pudiera decir lo mismo?», exclamará más de algún empresario al leer esta reseña.

La fantasía de un novelista y un "Andante con moto" de GOYA

REFIRIENDOME a lo que en uno de mis últimos trabajos dije en relación con el taurinismo de los intelectuales del siglo XIX, permítaseme evocar la figura del novelista, poeta y autor dramático Manuel Fernández y González (1821-1888), sevillano injerto en granadino, cuyo nombre tuvo notoriedad, difusión y gloria durante muchos años y de quien se ha dicho que «la prodigiosa fecundidad de su talento fué el peor enemigo de su asombroso ingenio».

Claro está que no fué Fernández y González un hombre representativo de la mentalidad española, ni un modelador del alma colectiva de nuestro país, ni un condensador del espíritu ochocentista; antes bien, se vió menospreciado en cierto modo por muchos de los que tales títulos podían ostentar, fundándose en que la poderosa germinación mental para la inventiva que tuvo dicho autor la había aplicado éste a dar pasto a la voracidad de los lectores amigos de la emoción ficticia del folletín, o de las novelas por entregas, tan en boga durante el pasado siglo y de las cuales fué, entre quienes las cultivaron, una especie de «tambor mayor» o cabeza de pelotón.

Pero entre su producción copiosísima, reveladora de una prodigiosa fecundidad, hay bastantes joyas que han permitido asegurar a los críticos depuradores de su gigantesca labor que, si aquel hombre no hubiera forzado tanto su imaginación, se habría alzado por muchos años con el cetro de la novela española.

Revolvía sus personajes como si se tratara de las piezas de un calidoscopio; invadió todos los campos de las letras; entre las obras que, como poeta, llevó al teatro, figura «El Cid», y de tal pieza dramática son aquellos populares versos que, pues-



tos en boca del célebre caudillo medieval, dicen:

*Por necesidad batalla,
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo.*

También a él se le ensanchaba el campo de su

producción cuando se ponia a escribir, y si se ocupó de reyes, príncipes, guerreros, frailes, impostores, aventureros, caballeros y bandidos, también prestó atención a los actores en la lidia de reses bravas, al publicar en el año 1879 «Las glorias del Toreo», para referir las vidas de Francisco, Juan y Pedro Romero, «Costillares», «Pepe-Hillo», Jerónimo José Cándido, «Curro Guillén», «el Morenillo», Juan León, «el Sombrerero», Roque Miranda, Francisco Montes, «Cúchares», «el Chiclanero» y «Pepe-teo», cuyos apuntes biográficos son otros tantos ecos de lo que Velázquez y Sánchez publicara seis años antes en sus «Anales», y por consiguiente, informes escritos sin escrúpulos retrospectivos, porque si «Don Clarence» (dicho Velázquez y Sánchez) escribió con altisonante énfasis su mentada obra, ateniéndose más a lo que refirieron y a suposiciones y conjeturas que a una personal investigación, ¡bueno era Fernández y González para preocuparse de depurar previamente los hechos que narraba!



Manuel Fernández y González

Francisco Goya en su juventud, cuando se supone que figuró en una cuadrilla de toreros (Autorretrato, en la Galería Bohler, Munich)

Ahora bien, en «Las glorias del Toreo» no es lo fundamental aquello que a la vida y las acciones de dichos toreros se refiere, sino que todo esto queda relegado a segundo término porque el autor, esclavo de su desbordante fantasía, se mete por el campo de la leyenda para tejer una novela amorosa, rebosante de interés, de la que es protagonista el inmortal aragonés Francisco Goya y Lucientes; y tan es así, que dicha fingida acción compone la parte principal del libro, que, de las 581 páginas que éste contiene, 366 están dedicadas a ella.

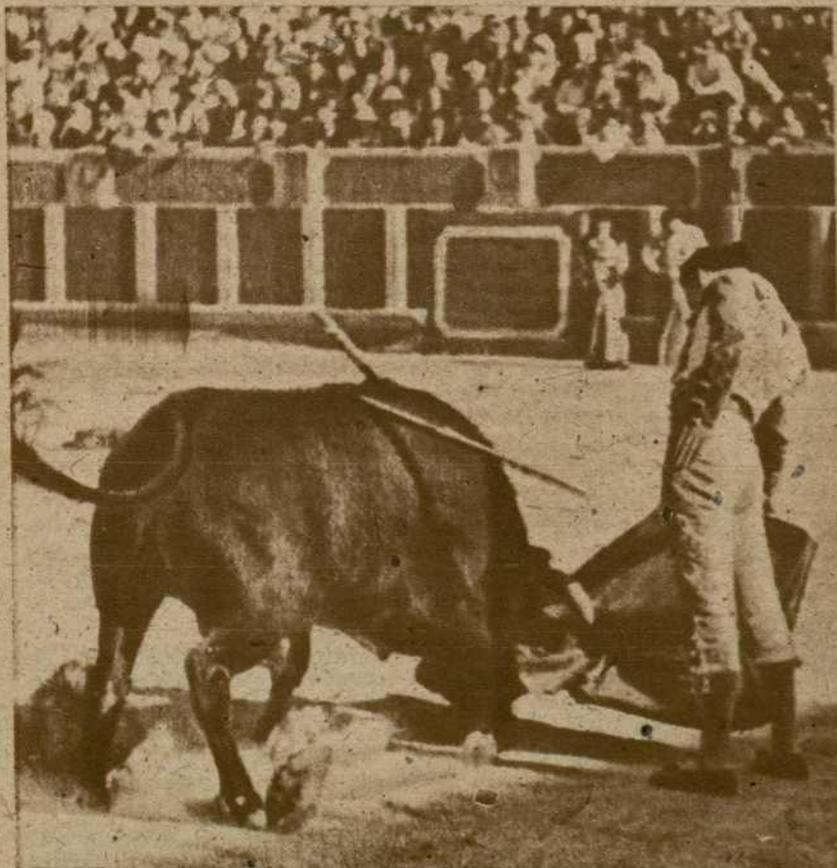
Para tal novela aprovechó Fernández y González las supuestas andanzas de Goya al incorporarse a una cuadrilla de toreros, cuya especie fué lanzada por sus biógrafos franceses y arrastrada luego por varios escritores españoles, aunque sin coincidir en los detalles de tal episodio en la vida del pintor de Fuendetodos. Entre los autores que recogieron esa versión figuran: Sánchez de Neira, en un artículo de «La Lidia» correspondiente al año 1894 y en su «Gran Diccionario Taurómico»; un escritor anónimo, en las páginas «Los Toros», publicadas como «separata» en la revista «Blanco y Negro» en 1910, y «Don Indalecio», en su obra «Los toreros aragoneses»; y en tal asunto, repito, encontró el novelista sevillano materia de primer orden para forjar cuanto le fué dictando su imaginación.

Dos novelas más, relacionadas con los toros, escribió el mismo: «Toros y Cañas» y otra, más breve —una novela corta—, titulada «El mocito de la Fuentecilla», publicada en el Almanaque de «La Lidia» del año 1884; pero la de mayor monta es la primeramente citada.

Del famoso autor de «El Pastelero de Madrigal» se ha dicho que era una mezcla de genio y de desorden, de ignorancia y de fantasía, de vanidad y de fogosa inventiva, de extraordinario poderío creador y de absoluta inconsciencia artística; pero son muy escasas las referencias que de él se tienen como taurófilo. Ciertamente es que el mentado Sánchez de Neira le menciona como tal en su referido «Diccionario»; que José María de Cossío le hace figurar en el falansterio de escritores taurinos que aparece en el segundo volumen de su monumental obra «Los Toros», y que yo le incluí, asimismo, en mi obrita «Escritores taurinos españoles del siglo XIX»; pero los libros no tienen tanta difusión como los periódicos, y acaso a estas alturas no conocen a Fernández y González bajo el expresado aspecto más que los poseedores de alguna de las citadas obras, y, singularmente, quienes hayan leído «Las glorias del Toreo», un libro que se pierde y se ahoga entre la selva o gran manigua que forman tantos y tantos como componen el abrumador inventario de la producción literaria del autor de «Luisa o el ángel de redención».

DON VENTURA

BELMONTEÑO TRIUNFA AQUI Y TRIUNFA EN AMERICA



BELMONTEÑO EN VENEZUELA
EN MARACAY Y VALENCIA HA TENIDO DOS EXITOS APOTEOSICOS, CORTANDO OREJAS Y RABOS, ESTE FANTASTICO MULETERO QUE, CON SU ARTE PERSONALISIMO, TRIUNFA AQUI Y ALLA.
¡ESTE ES BELMONTEÑO!



Plaza vieja madrileña. Año 1923. Caído al descubierta el «Angulla», y de bajo del toro, «Nacional II»

Uno de los momentos más emocionantes de nuestra incomparable Fiesta brava lo constituye el quite.

Este movimiento defensivo con que se detiene o evita el ofensivo, que así se define el quite en el Diccionario de nuestra Lengua, es, por consiguiente, la suerte más noble del toreo.

Dentro de los tres tercios de la lidia de un cornúpeto, es en el de varas donde los lidiadores encuentran las situaciones más propicias para ejecutarlo.

Exponer la vida propia para defender la del prójimo en inminente peligro de muerte es un acto cristiano que reviste los caracteres de heroico.

Dios lo premia, porque constituye la virtud de hacer un bien, y los hombres también, con la concesión de una de las condecoraciones más honrosas: la Cruz de Beneficencia.

De este emotivo momento, don José Sánchez de Neira, en su Gran Diccionario Taumáquico, base de cuantos después se han publicado, nos dice lo siguiente:

«Cuando un torero, es alcanzado o embrocado por el toro, o cuando, siendo picador, ha caído al suelo y puede verse en peligro, debe acudir inmediatamente cualquier otro lidiador de a pie, con o sin capote, pero mejor con él, y llamar la atención de la fiera rápida y tenazmente, hasta que, haciéndolo por el nuevo objeto que se le interpone, pierda de vista al que estaba en peligro. Al acto este se llama quite, y debe hacerse siempre para sacar al toro de la suerte de varas, caiga o no al suelo el picador, pero teniendo cuidado de no anticiparse al puyazo. En todo caso, el que haga el quite procurará dar salida al toro por el lado contrario al en que esté en peligro, sin revolverle en corto, para que no vuelva a encontrarse en la anterior posición. Hace poco tiempo que con verónicas se sacan a los toros de los caballos, olvidando la verdadera manera de hacerlo con largas y por derecho.»

Dedúcese de lo transcrito que el quite tiene dos aspectos. Uno, como complemento y último tiempo de la llamada suerte de varas, y otro, como acción salvadora del peligro que corre el diestro caído, indefenso y a merced de la fiera del bruto astado.

En el primer caso, el quite carece de fuerza emocional, pasando inadvertido para el espectador, todo lo contrario de lo que sucedió en el segundo. En éste desempeña el valor un principal papel. Queda el arte relegado a un secundario lugar, y la estética, ausente ante la lucha entablada entre la fiera y el hombre, lucha que deja en suspenso por unos segundos el órgano central de la circulación de la sangre de cuantos presencian la contienda.

Salvado el caído, y triunfante el salvador, desaparecida la angustia del momento, reaccionan los espectadores, y éstos, ebrios de entusiasmo, premian con calurosa ovación la hazaña del torero convertido en héroe.

UNAS PALABRAS SOBRE LA SUERTE DE VARAS

El desaparecido quite de "poder a poder"

El más valeroso le ejecutó Juan Anlló, "Nacional II"

Este es el quite, cantado por los poetas, motivo del reportaje que hoy ofrezco, con toda modestia, a los lectores de EL RUEDO.

Desvirtuada la suerte de varas con la existencia del peto protector de los semovientes y la menor pujanza de las reses, jóvenes en la mayoría de los casos, las caídas al descubierta de los picadores casi han desaparecido, quedando ausente el quite que muy justamente fue llamado por revisteros y aficionados de «poder a poder», en el que no tenían ninguna intervención los toreros «fríos de cuello», piadoso calificativo antiguamente aplicado a los diestros con pocos arrestos.

Lo que ha ganado la suerte a la vista del público, evitándose el repugnante despanzurramiento del caballo, lo ha perdido en eficacia.

No enganchando la res en el animal solípedo por estrellarse su poder defensivo contra la muralla de cemento armado sobre la que se encuentra a horcajadas el jinete, no puede aquélla romanear; el picador castiga al toro duramente, porque la dimensión de la puya es mayor que en pasados tiempos, y al salirse el cornúpeto, dolorido, suelto de la suerte, ésta no pudo redondearse, por no existir caída, con el quite a punta de capote o indebidamente a la verónica, de que nos habló en su Diccionario el maestro Sánchez de Neira.

«Déjale que romanees», decían los antiguos lidiadores cuando el toro, con el poder que le daban los cinco años cumplidos, enganchaba al caballo, mientras el picador, haciendo fuerza de riñones y sin desestribarse, le castigaba.

Y es que con aquel peso de trescientos kilos aproximadamente sobre la testa de las reses, no precisamente se graduaba la bravura de ellas, sino que se amoldaban sus condiciones para la continuación de su lidia.

Quedamos, pues, que con el peto se desnaturalizó el fundamento de la suerte de varas, disminuyendo

el número de caídas, amén de que los varilargueros de hogaño se dan buena traza para desestribarse a tiempo para en su caso no dar con sus espaldas sobre el albero al no caer reunidos, como el arte manda, con el caballo.

Pero los espadas se aprovechan del llamado tercio de quites, cuando no hay que quitar nada, para lucirse con la ejecución de diferentes lances con el contentamiento de los públicos de hoy día.

Desaparecida la caída al descubierta, que sólo se produce de higos a brevas, al marrar el picador, siendo desmontado, también pasó a la historia el quite llamado de «poder a poder», cuando el toro, enclenado con el cuerpo del caído, hace caso omiso de los capotes que pretenden distraerle y apartarle del objeto cuya presa cree segura.

Por razón de nuestra edad y de las muchas corridas vistas, hemos alcanzado las postrimerías toreras de Mazzantini y «Guerrita» los dos famosos diestros que por su excelente colocación durante la lidia se distinguieron notablemente en la ejecución de los quites, realizando algunos de éstos a cuerpo limpio, de poder a poder, emocionantes en superlativo grado.

Diestros posteriores como Ricardo Torres, «Bombita»; Vicente Pastor, «Joselito», Marcial Lalanda y otros, muy pocos, que de momento no recordamos, consiguieron también enormes ovaciones despreciando su vida para salvar la de sus compañeros.

Mas de todos los quites por nosotros presenciados, ninguno superó al realizado en la vieja-Plaza madrileña por Juan Anlló, «Nacional II», el pundonoso diestro aragonés, que hallándose colocado en la primera fila de la torería de su época, falleció en Soria como consecuencia de una cobarde agresión cuando como espectador salió en defensa de un compañero injustamente ofendido.

Aquel quite reflejó el valor que poseía el infortunado Juanito Anlló, quite inolvidable en lucha abierta con un poderoso toro, que salvó de una muerte segura al picador de su cuadrilla, también aragonés, Telesforo González, «Anguila», que, afortunadamente, aun vive, recordando con frecuencia la gesta de su «matador», aunque esto parezca un contrasentido.

No es menester que lo describamos. Ahí puede apreciarlo el lector en toda su grandiosa magnitud.

El objetivo fotográfico del reportero lo recogió con su intensa emoción, y como documento histórico lo desempolvamos al hablar del desaparecido quite de «poder a poder».

Como ejemplo para los actuales lidiadores y como prueba del gran corazón que poseía el desventurado artista que tanto supo elevar, hasta el momento de su trágica muerte en un noble y generoso gesto, el rango de una familia torera que tuvo el buen gusto de apodarse «Nacional».

DON JUSTO

En la misma Plaza, el picador «Aventurero» da las gracias a Vicente Pastor porque acaba de hacerle un formidable quite



La temporada de corridas de toros en Méjico

El 4 de enero, en la Plaza Monumental, alternaron Fermín Rivera, Antonio Velázquez y Gregorio García, quien sufrió una cogida grande, pero no de gravedad

Los toros de Coaxamalucan salieron muy bravos y con buen estilo. El quinto fué un toro de «bandera»

El potosino Fermín Rivera tuvo una buena tarde y se distinguió toreando de capa

Antonio Velázquez da la vuelta al ruedo mostrando los trofeos que le fueron concedidos



Una gaonera de Antonio Velázquez, el torero leonés, que triunfó en el quinto toro de la tarde, el toro de «bandera»

Un pase de pecho de Fermín Rivera, quien por la cogida de Gregorio García hubo de matar dos toros



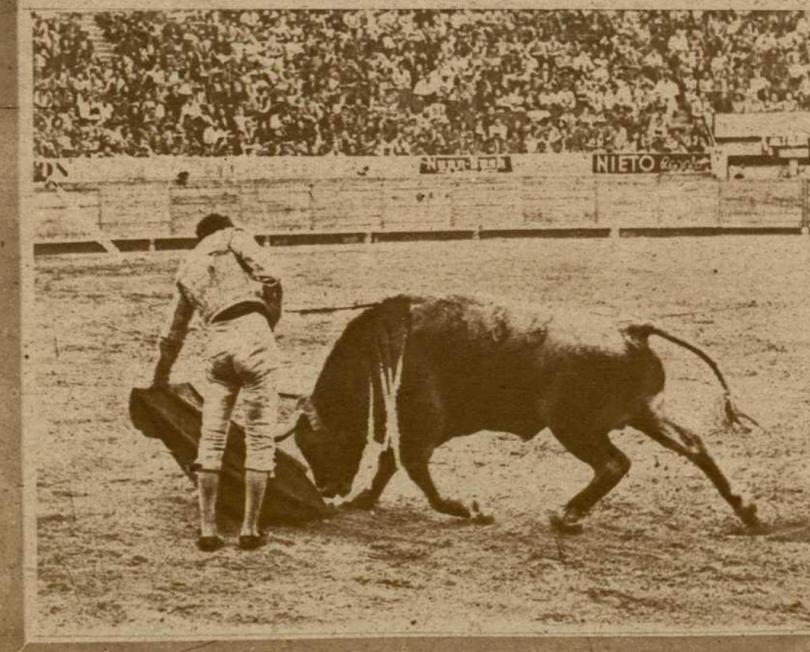
Antonio Velázquez toreando por naturales al quinto de Coaxamalucan

Ahora, Antonio Velázquez da un pase con la derecha, elñándose mucho

El sexto toro de Coaxamalucan proferido a Gregorio García: La cogida fue porque el bicho lo campanó. El diestro en el triángulo scarpa de cinco centímetros hacia la espina iliaca, que dejó al torero la arteria femoral

(Fotos Cifra y RUIZ)

el muslo izquierdo emocionante. una cornada y otra de diestro la arteria para El



LA TEMPORADA DE CORRIDAS DE TOROS EN MEJICO

El día 4 de enero también hubo toros en la Plaza de El Toreo. Se lidiaron seis toros de Torrecillas, y otros dos que regalaron Silverio y Procuna, quienes alternaron con "Cañitas"

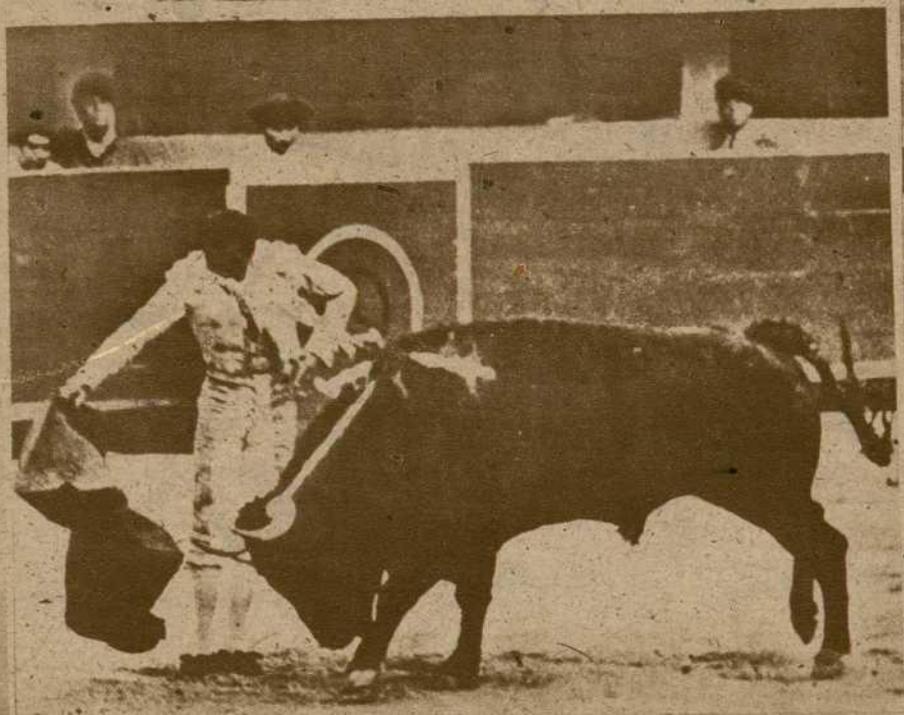


Silverio no tuvo fortuna en ninguno de sus toros. En vista de eso, regaló otro, que fué muy chico, y en el que el público le aplaudió más. Silverio rematando un quite



«Cañitas» toreando de muleta con los pies juntos

Carlos Vera, «Cañitas», estuvo muy valiente en sus dos toros. En el primero intercaló varias manoletinas



Uno de los pocos momentos felices que tuvo en la corrida de su presentación en «El Toreo» el disautido Luis Procuna «Cañitas» matando a su primero, del que le fué concedida la oreja (Fotos Cifra-Estos, exclusivas para EL RUEDO)

HA
SE
PO
Ju
R
fesiór
en Se
ca m
to? A
en p
este
ha m
lidia.
—M
pórqu
ta. N
diner
útil.
go qu
ma i
trein
«R
teza
dond
tern
Rora
prest
lla—
«Vito
—I
la te
ment
la ci
son
paga
lo m
Lo q
pote
—no
econ
viera
Se
reun
fia, a
—
dade
amig
rino
algú
porq
R
—
cion
estí
rizo
lóg
so.
L
está
glo
Est
nin

HABLAN LOS SUBALTERNOS FAMOSOS

"Rosalito de Valencia"
se ha retirado del toreo
porque no merece la pena
económicamente

Que paguen las Empresas. — Categorías
por propia iniciativa. — Cosido
a cornadas, y en busca
de uralita

ROSALITO de Valencia, el famoso peón, figura entre los más notables banderilleros españoles, se ha retirado de la profesión. La noticia acabamos de confirmarla en Sevilla, ante unos sabrosos chatos de fresca manzanilla. ¿Por qué se marcha «Rosalito»? A pesar de sus años, Fidel Rosalem está en plenitud de facultades, y en los ruedos, este mismo año, a las órdenes del «Choni», ha mostrado su destreza y su maestría en la lidia. Por ello le preguntamos.

—Me voy —nos ha dicho el famoso peón— porque no merece la pena estar en la Fiesta. Ni sirve para nada, ni compensa, ni deja dinero. Es un sacrificio completamente inútil. Yo estoy cosido a cornadas y ahora tengo que dedicarme a los negocios con la misma intensidad con que lo hubiera hecho hace treinta años...

«Rosalito» habla con cierta inevitable tristeza del tema. Se comenta en la tertulia donde charlamos de los sueldos de los subalternos. Testifican las declaraciones de Fidel Rosalem viejas figuras: Pepe Rodas —hoy prestigiosísimo hombre de negocios en Sevilla—, «Bombita IV», «Angelillo de Triana», «Vito», padre, entre otros.

—Los viajes obligan a un gasto enorme en la temporada. Hay que sostener prácticamente dos casas: una, en Madrid, y otra, en la ciudad donde se vive habitualmente. Eso son doscientas pesetas diarias. El matador paga el gasto del día de la corrida o de dos lo más. ¿Y el resto, entre corrida y corrida? Lo que vale el vestido, el importe de los capotes, prendas de torear, etc. Apenas, créame —nos dice—, si se puede cubrir el esfuerzo económico de la temporada. Y en el invierno...

Se hace una pausa expresiva. Asienten los reunidos; y «Rosalito», luego de beber su caña, agrega:

—Y en el invierno, usted lo sabe. Una verdadera peregrinación detrás del matador amigo, por si cae algún festivalillo pueblerino, o al muelle, o al campo, en busca de algún que otro jornal regateado y difícil, porque ¡se es torero!

Rodas interviene:

—El problema es difícil y de pocas soluciones. Y es mayor aún porque se pierde el estímulo; los gastos no dejan ver ningún horizonte esperanzador, y cada vez, como es lógico, se torea peor, más para salir del paso, a trallazo limpio.

La solución —vuelve a opinar «Rosalito»— está en que paguen las Empresas y con arreglo a las categorías que pueden establecerse. Estas categorías no debe designarlas nadie, ningún organismo, ninguna autoridad, sino



«Rosalito» cuenta a Paco Montero sus razones para haberse retirado del toreo

los propios interesados. De este modo, a las primeras de cambio, quedarían sólo los que valen de veras, pero éstos con el dinero que decorosamente deben ganar. Los matadores elegirían, en los grupos de categorías, por su gusto y con plena libertad. Y ¡a justificarse, señores! Pero como va la cosa hasta ahora, creedme, esto es una desilusión.

«Rosalito» —hemos de hacerlo constar así— ha estado con las primeras figuras del toreo en todas sus épocas, desde que apareció como banderillero: Manolo Granero, Márquez, «Cagancho», Belmonte, padre; Belmonte, hijo; Arruza, «Cafitas», «Choni». Ha estado en Méjico varias veces; la Prensa de allá y de Suramérica le ha dedicado largas informaciones, y una vez...



«Rosalito» en otro gesto de su charla
(Fotos Arenas)

—Una vez —dice «Rosalito», a título de anécdota—, en una corrida en que toreaba con Marcial Lalanda, me insultó un espectador, y a Marcial, injustamente, también le ofendía con términos inadecuados y de inaguantable insolencia. Tomé un estoque y, con un coraje enorme, me dirigí al tendido y buscaba el sitio donde estaba el espectador... Aquello pudo acabar en tragedia. Sentíamos al matador; era no sólo nuestro jefe, sino nuestro amigo; vibrábamos con la injusticia. Pues a pesar de todo... ¡Hay que irse! Por eso me voy: en plenas facultades aún, pero porque no merece la pena continuar en esta profesión.

—¿Y ahora, «Rosalito»?

—Ahora, a trabajar mucho. Tengo muchos hijos. El mayor —Fidel— ya le conoce. Pudo ser y no ha sido. Ahora quiere ser banderillero. Bien se lo he dicho. Si cuanto aquí dejó dicho sirve para los que vengan nuevos, me daré por bien compensado. Creed y vuelvo a decirlo así: que las cuadrillas deben pagarlas las Empresas. Aunque esto encarezca el espectáculo, debe pensarse que los públicos pagan lo que sea, si el cartel interesa; si no interesa, nadie va, aunque las cuadrillas salgan gratis y los toreros rebajen sus honorarios. Esto es evidente. Lo que debe acabarse, a mi juicio, son las brutales diferencias económicas que hay establecidas, y esta triste verdad de que a los cuarenta años casi de torero, ande uno de cabeza buscando uralita o chalarra para encajársela a otro y vivir así.

«Rosalito» calla. Realmente, en el grupo, a nadie se le ocurre solución mejor que ésta. Por los ojos de Pepe Rodas, «Bombita IV», «Vito», Montañó, cruza la tremenda y escheta verdad. Nosotros recogemos aquí estas confesiones del famoso valenciano Fidel Rosalem —gran peón, gran padre, gran persona, casi seyllano, casado aquí con una hermana del ex matador de toros Perla— y nada agregamos de nuestra cosecha.

Estrechamos la mano del veterano rehiletero, deseándole suerte en sus nuevas tareas, le vemos alejarse con la inevitable emoción de haber dicho las cuatro verdades del barquero en la tertulia sevillana de más reciedumbre torera: el Brit, la lonja donde a diario converge la actualidad de la Fiesta.

PACO MONTERO

El novelista CAMILO JOSE DE CELA no cree en el público de toros



NO sospechábamos que Camilo José de Cella fuese un aficionado a los toros. No podíamos asociar a su psicología —la psicología de un novelista la entrecruzamos siempre de las páginas de sus libros—, ni a las cosas vividas por él, que conocemos, el matiz caliente de los toros. Cella, a pesar del culto fervoroso que rinde al realismo, tiene algo, mucho, de británico en las venas. Su madre nació en Inglaterra, y él tuvo el acierto de hacerlo en Iria-Flavia, al fondo de la ría de Arosa. Según nos ha dicho, lo mejor que ha hecho en su vida ha sido nacer en ese bello rincón de Galicia. Estas cosas —y otras, claro— han influido en la formación de su complejo. Porque hoy, toda persona que se respeta un poco tiene un complejo, o dos o tres, y si no los tiene se los procura en seguida en el mercado negro de la psicología, que suele efectuarse con ayuda de las páginas psicográficas de las revistas ilustradas.

Nos enteramos de que Camilo José de Cella era aficionado a la Fiesta cuando, al visitar su reciente Exposición de pinturas —su temperamento necesita tener abierta la válvula de escape de la creación artística para que la imaginación descanse—, vimos su matador de toros. Y ya, después de eso y de las cosas que nos ha dicho, no nos extrañaría nada ver cualquier día en los escaparates de las tien-

das de libros una novela taurina, hija de su magín.

Le preguntamos, todavía con cierta reserva mental —inconvenientes de tener ideas preconcebidas a la ligera—, por qué motivo le gustan los toros.

—Me gustan por multitud de razones, entre otras, porque no he conocido espectáculo alguno de mayor vistosidad ni grandiosidad. Dudo que las peleas de gladiadores en el Circo romano pudiesen aventajar a los toros en esto.

Ahora ya sólo nos queda rendirnos a la evidencia y seguir preguntando cosas acerca de sus preferencias como aficionado y de su experiencia como espectador.

—¿Cuándo se aficionó usted a los toros?

—Tarde, a los diecisiete o dieciocho años. Antes había vivido en ambientes no muy aptos para la afición taurina. Entre mis buenas tías inglesas —un grupo de señoras llenas de buenas intenciones puritanas— no se hubiera aficionado a los toros ni Joselito «el Gallo».

—Lo que son las influencias familiares... Si viviera usted todavía con sus buenas tías, no estarían ahora los suecos leyendo «La Familia de Pascual Duarte». Y, en cambio, escribiría usted unas novelas rosa que harían palidecer de envidia a muchas escritoras y a muchos escritores que firman las tuyas con delicados nombres de mujer. Pero sigamos con los toros. ¿Qué es lo que más le interesa de la Fiesta?

—Sin duda alguna, lo que sucede en el ruedo. Lo que sucede en el tendido me interesa en ocasiones y me deja de interesar en otras. Y de lo que pasa en el ruedo, la suerte que más me gusta —y que me perdona la cátedra— es la de banderillas. Creo que en las respuestas hay que ser honrado y decir la verdad. La suerte de matar —un poco la clave de toda la lidia— me emociona siempre y pocas veces me satisface.

—¿Cómo ve usted al público de toros?

—Heterogéneo y sin personalidad. Hoy no creo que haya un público de toros; hoy existe una masa errante y deambulatoria que va de los toros al fútbol y de la lucha libre americana a los conciertos.

Esta respuesta, tan escéptica, resulta un poco desalentadora. ¿Cómo un aficionado puede no creer que exista un público de toros, que es tanto como creer en la decadencia de la afición? Pero, bueno, al fin y al cabo, la paradoja es una divertida realidad y surge a cada momento, en cada cosa, para animar a la discusión. Claro que en este caso apenas si existe, puesto que los aficionados se dividen en pesimistas y optimistas, y Cella puede muy bien ser de los primeros. Adelante.

—¿Va usted a todas las corridas?

—No.

—¿Qué figuras del toreo considera mejores?

—De los toreros de hoy, probablemente, Luis Miguel Dominguín. De los que he visto, Ortega, Marcial, «Manolete», José Luis Vázquez... No he llegado a tiempo ni de Belmonte ni de «Joselito», y a Rafael «el Gallo» lo cogí ya en la cuesta abajo.

—¿Qué le interesa más: el torero o el toro?

—No lo sé; no creo tampoco que pueda interesar más una cosa que la otra. La Fiesta es el resultado de las dos. Hoy creo, sin embargo, que a la gente interesa más el torero que el toro, y ese es un mal camino, tan malo como el contrario.

—¿Qué toro le parece a usted el ideal para la lidia?

—Ni toro inmenso ni toro preparado. Lo principal en una corrida es que haya un toro, y enfrente el torero; lo que sucede es que hoy, así, no encuen-



tra el sitio en la Plaza más que Domingo Ortega.

—¿Ha toreado usted?

—Sí, he toreado y pienso seguir haciéndolo. Me sale muy bien, pero eso ya no depende de mí. Mi voluntad es buena, pero mis «facultades», por lo visto, no son las de un «Costillares».

—¿Dónde torea?

—Suelo torear por los veranos y donde me cuadra; no tengo ni preferencias ni fobias por ninguna placita de pueblo, y todas me resultan igualmente acogedoras y llenas de vida y de color.

—¿Le hubiera gustado ser un gran matador de toros, una primera figura del toreo?

—Sí. Por haber tomado la alternativa en la Plaza de Madrid hubiera dado toda mi carrera literaria.

—¿Ha habido algún torero en su familia? Aquel famoso «Celita», por ejemplo, ¿tiene algún parentesco con usted?

—No. También nació en una familia gallega. Pero sin ninguna relación de consanguinidad con la mía.

—¿Ha visto usted torear a alguna mujer?

—He visto a Conchita Cintrón únicamente, y la considero una excepción, porque la mujer en los ruedos no ha solido dar buenos resultados. Parece ser que los hombres somos más duchos en este arte de defenderse de las cornadas a punta de trapo. Esto no quiere decir, naturalmente, que sea enemigo de la mujer en el ruedo; si una mujer demuestra que sabe torear, debe dejarse que lo haga en público.

Terminamos nuestra entrevista penetrando de forma fugaz en el terreno que tan bien domina Camilo José de Cella: el literario.

—¿Qué opina usted de los toros como tema de la Literatura?

—No han dado lugar, por ahora, a la novela; es un género que se le ha resistido. A la Poesía, en cambio, el tema de los toros le ha inyectado un veneno inagotable de sugerencias. Baste recordar los nombres de Alberti, Gerardo Diego, García Lorca, Rafael Morales, etc.

Y nos despedimos de Cella sin pedirle que nos cuente su episodio vivido en relación con la Fiesta de toros, porque recordamos haberle oído decir que no es partidario de la anécdota, y más aún, que esta palabra y su significado le producen algo parecido a eso que los médicos llaman alergia.

PILAR YVARS



UNGUENTO ANTISEPTICO PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL.



**QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS**

UN CUENTO sin IMPORTANCIA

HAY que cambiar de tema. Dejemos, por algún tiempo, al toro chico, a ver si crece. O dejémosle para siempre, casi con la seguridad de que nunca ha de crecer. Al cabo de hablar tanto y de escribir tanto del toro chico y del toro chico, termina uno por darse cuenta de que va adquiriendo una desconsoladora fama — fama pequeña, claro es — de hombre amargado y cascarrabias, desplazado del momento y gruñón y desagradable en todo instante. Esto le desconsuela a uno. Y al ver que su desinteresado propósito de defender y depurar nuestra hermosa e incomparable Fiesta se toma como propósito de molestar por sistema, acaba uno por desistir de su propósito. Después de todo, estoy convencido de que nada se conseguiría insistiendo. Y no insistiendo, irá uno desprendiéndose de ese lastre de antipatía que le rodeaba.

Dejemos, pues, las disciplinas, y vamos a contar un cuento que sucedió, o — para decirlo con la frase consagrada — un sucedido que pareció cuento.

Mucho se ha hablado y se ha escrito de la bravura del toro de lidia. Y después de tantas letras y de tantas palabras, sólo se sabe que no se sabe nada. La bravura, ¿es valentía o es miedo? ¿Es ingénita o adquirida? ¿Es un temperamento o una reacción? El toro, ¿es pacífico o pendenciero? ¿Acomete por su voluntad o porque le obligan? Todas estas preguntas, a pesar de ser contrarias entre sí, pueden contestarse afirmativamente. Hay opiniones para todos los gustos. Y todas tienen una sólida base en que apoyarse.

Es un hecho indudable que el toro, en el campo, «en casa», rara vez acomete. Pasa tranquilamente, mezclado con caballos. Se deja curiosear, mirar y admirar por los hombres. Se aleja, prudente, ante una piedra que le lanzan, o, simplemente, ante la amenaza del lanzamiento de una piedra. Se estremece en una convulsión de terror si oye el motor de un automóvil, y aun con el solo ruido de una portezuela del coche al cerrarse. Fuera de «su casa», encerrado ya en los corrales de una Plaza, cuando están todos los toros reunidos, se apolotonan unos contra otros, temerosos de todo lo que les rodea. Únicamente al verse solo en el corral, el toro se encampana y desafia. Parece querer asustar a todo, para que nada le asuste a él, precisamente porque todo le asusta. Esto es cierto, y esto ha llevado a algunos a sostener que el toro es un animal cobarde, y que su bravura es miedo.

Otros, no tan radicales en sus deducciones, no llegan a tanto, pero sí aseguran que el toro es pacífico, de temperamento tranquilo, cachazudo, que no se mete con nadie si nadie se mete con él; que, por su voluntad, no acometería nunca; que nace manso y que únicamente ante el hostigo y las provocaciones se muestra bravo y valiente. Los que así piensan ya no dicen que la bravura es miedo, sino, por el contrario, valentía. Reconocen que el toro no se acobarda por nada y lucha hasta el final contra todo lo que se le ponga por delante. Pero dicen que esa valentía es provocada; tiene que ser provocada. El toro, según ellos, no se asusta de nada; pero él no asusta a nadie.

Y, por último, hay quien sostiene que el toro es valiente y bravo por naturaleza; de temperamento pendenciero; que embiste porque sí, porque quiere, porque a él nada le asusta; pero también porque él se recrea y se complace en asustar a todos.

¿Quién tiene razón? ¿Cuál de estas tres opiniones está asentada sobre base más sólida?

Yo no lo sé. Pero aquí viene bien el prometido cuento que «sucedió».

Y que me sucedió a mí.

Era una mañana fría, pero soleada, del mes de febrero. Día desapacible para pasarlo en el pueblo, con sus calles en sombra, blanqueadas por la escarcha. Pero día hermoso de campo; campo donde el sol no tropezaba en casas que detuviesen sus rayos; ni el viento encontraba sombríos callejones por donde enflar sus soplos. Aire puro de la Sierra, amplio y limpio horizonte, calma sedante...

Y en mi caballo blanco — ese caballo blanco del que ya he hablado en otra ocasión — salí al campo, hacia la finca donde pastaban las vacas bravas. Llegué próximamente a las doce, y allí encontré al ganadero, que, más madrugador que yo, se había levantado más temprano, y al vaquero, que no se había acostado. Nos metimos entre las vacas, que nos miraban, tranquilas, sin concedernos importancia alguna, y entre las que, unas mamando y jugueteando otras, se veían unas cuantas crías, nacidas en días anteriores.

Caminando despacio unas veces, parándonos muchas, mientras el ganadero hacía preguntas a su criado, me fijé en que un becerrillo, al que amamantaba su madre, interrumpió su «comida» al advertir nuestra proximidad. Estaba a unos tres metros de distancia de mí. Se separó de las patas de la vaca y se quedó mirando fijamente. Debí de parecerle una figura monstruosa y una mole gigantesca, en comparación con su pequeñez, aquel caballo tan grande, cuyo volumen aumentaba con mi cuerpo sobre la silla. El ternero, de pronto, elevó su simpática cabecilla, en la que no había ni el menor indicio de pitones y en la que sólo se distinguían unos



Los becerrros en el campo, de cuya bravura había nuestro colaborador



(Reproducciones de Zarco)

ojos enormes y unas enormísimas orejas. Dió un pasito hacia adelante; arrepentido, dió otros dos pasos hacia atrás y sacudió, nervioso, su cabeza en dos o tres rapidísimos movimientos, mientras la madre le miraba, no sé si complacida, asustada u orgullosa de la travesura de su hijo.

Hice notar aquello al ganadero, y él, el vaquero y yo acordamos tácitamente esperar, sin hacer el menor movimiento, a ver en qué paraba aquella escena. El final llegó en seguida. El becerrito se encampanó aún más, y, como un rayo, se arrancó al grupo que formábamos mi caballo y yo. Llegó casi a rozar con su húmedo hociquillo levantado el estribo de la montura, y frenó, echando hacia delante sus patitas delanteras, mientras movía rápidamente sus orejotas. No fué un alarde de temeridad, ciertamente, por parte del caballo ni de mí, el que aguantásemos impávidos, sin mover ni un solo músculo, aquella «feroz» acometida. Pero en aquel momento se me ocurrió la idea de hacer chocar mi espuela con el hierro del estribo. En cuanto sonó aquel ruido, tan pequeñito, el pobre bichejo aquel, tan arrogante un segundo antes, se volvió, rápido, y con el rabillo enarcado, casi vertical, huyó, despavorido, corriendo todo lo de prisa que le permitían sus endebles patitas.

Nos reímos, y yo dije al vaquero:

— ¡Vaya un becerro valiente! ¡Qué arrancada más brava! Parece mentira que estos animalitos lleven ya, tan pequeños, su instinto de embestir. Porque éste habrá nacido hace muy pocos días...

Y el vaquero, muy serio, me contestó:

— Ha nacido esta mañana.

Aquel becerrete estaba en «su casa», al lado de otros compañeros y mamando de su madre; nadie le obligó a embestir; se errancó a algo de un tamaño muchísimo mayor que el suyo propio... Desde aquel día, yo tengo una base muy sólida para asentar una opinión.

Este sucedido — rigurosamente histórico — podía tener uno de dos finales, que seguramente está esperando el lector. Yo tenía que terminar diciendo una de estas dos cosas: o que aquel becerro, cuando se lidió, fué de bandera, o que le fogearon. Pero confieso que no lo sé. Yo mismo siento, tanto como el lector, no haber tenido la curiosidad de enterarme de ello.

Y al ir a firmar, me doy cuenta de que no he cumplido lo que prometí al principio. Dije que no volvería a ocuparme del toro chico, y hoy precisamente me he ocupado del toro chico, más chico que nunca.

Porque ¡más chico que un ternero que acaba de nacer...!

Ni en las corridas de postín se lidian tan pequeños.

ADOLFO BOLLAIN

JUGLARES de TAUROMAQUIA



Ramón Menéndez Pidal



Francisco Villaespesa

DICE don Ramón Menéndez Pidal, en su precioso libro *Poesía juglaresca y juglares*, que «jugar» era todo el que se ganaba la vida actuando ante un público para recrearlo con la música, o con la literatura, o con charlatanería, o con juegos de manos, de acrobacia, de mímica, etc.

Bien; pues la tauromaquia, «el arte de alancear, picar, banderillar y matar toros guapamente» tuvo sus juglares, como los tuvieron las antiguas hazañas heroicas.

¿Es ésta una novedad en los anales del torero? Acaso sí. Salíamos, hasta ahora, de antañosas rápsodas de romancillos, coplas, vayas, ditirambos; pero los juglares especializados en cantar glorias taurinas, episodios, cogidas y toda clase de suertes realizadas en los ruedos marcan una nueva etapa lírica, que o pasó inadvertida a los pocos curiosos o la guardaron para sí los eruditos, no sé con qué fines antidivulgadores.

Elijamos un período de tiempo breve. Hagamos caso omiso del nomenclátor cronológico para evitar confusiones o enredijos de fechas, y enfrentémonos con los datos que hemos logrado en nuestras andanzas por esos mundos de Dios.

Hubo un Tomasillo de Almázara, levantino, ocurrente, dado a fiestas de toros y banderillero él «de los de en silla y al quiebro» cuando se trataba de soltar algún morucho: Zapatero de portal, abandonó el oficio, pintóse un gran cartel de colores y recorrió su región, Albacete y Murcia en particular, con el cartel al hombro, un tamboril y una labia más que persuasiva. Componía jácaras al uso. Suyas son las coplas tituladas *La alternativa*, *El debutante*, *El picador* y otras de matiz parecido.

De su juglaría vivió, congregando en torno un auditorio asiduo y fiel que salía a esperarle a la entrada de las aldeas y le obsequiaba con bizcochos en vino. Tomasillo de Almázara, falleció de repente, de una congestión.

Diversos caminos de España rememoran, en algunos trechos, rincones o sendas de carros, épocas de juglaresca taurina, como aquella de Justino el de las Hopalandas, el gañán que mejor mancornaba toros en tierras de buen pasto y que con más soltura y aire ceñíase la faja, apretándosela al talle como si se le fuese a partir la cintura de puro flexible. Desde niño gustó el de las Hopalandas de echarse sobre el cuerpo, a modo de ranglán, una como túnica de mago astrólogo, y de vagabundear por los pueblos del sector salmantino exhibiendo dos saltamontes que se peleaban al contacto de una varita incitadora. Mozo ya, asistió a capeas y a corridas, trocó los bichos y el ranglán por unos cantares de su meollo y fuélos entonando al compás de una campanilla, con tanto éxito, que se lo disputaban los campesinos. De él se conocen tres biografías en cantarillos defectuosos, expresivas y cortas: *Antonio de los Santos*, *Cayetano Sanz* y *Francisco Arjona Reyes*. Murió Justino de paso para Toledo, en una posada, de un cólico, a los veintinueve años.

Anduvo por las afueras de Madrid un apellidado Patiño, misero e ingenioso, autor de un «Rosario de romancillos para recitar, cantar y bailar al son de la vihuela, en los que se critica a los enterradores o capeadores a destiempo y contratiempo». Patiño recaudaba sus pesetas, e iba de zoco en colodro ofreciendo sus romancillos tajantes a los admiradores de la torería, que se los aprendieron de pe a pa.

Regístrase en el fichero que nos ocupa un Juan Francisco de Asís, «el Asaado», hombre pulcro, músico, y licenciado en Farmacia! Estudió las corridas de toros quintaesenciándolas, proveyóse de una moña, capote, rehiletes, muleta, estoque y una divisa, cruzó descampados y villorrios, abominó de potingues y recetas y, enarbolando los trofeos taurinos como talismanes cuyo secreto él sólo poseía, lanzóse a la lucha. Escribió letrillas dedicadas a los toreros hembras: las de «La Fragosa», «La Espartera», «La Navarra», «Carmen Lucena» y «Martina García», letilla ésta desgarradora, himno de piedad hacia aquella pobre y desdichada mujer. La clientela de tal cantor y recitador era gente de bulla. Le emborracharon y no pudo resistir los efectos de la embriaguez.

Aún en nuestros días, la juglaría de toros tuvo sus representantes en genuinas personalidades de la Poesía y el torero. Ha sido siempre uno de mis propósitos el de hablar un rato de esto con Rafael Gómez, «Gallo». Yo sé —¿quién no lo sabe?— que él y el maravilloso Paco Villaespesa jalonaron de bengalas plástico-literarias la atmósfera expectante de algunos salones iberoamericanos. ¿Qué no podría contarlos Rafael de la bohemia y fantástica peregrinación al lado del cincelador de *El Alcázar de las Peñas*? Y no me he decidido por una porción de circunstancias. Paco y Rafael fueron los últimos baluartes de la juglaría taurina, con técnica y emociones distintas, en locales cerrados y ante espectadores de categoría intelectual.

No sería extraño que resurgiese por ahí algún juglar de tauromaquia castizo y modernizado a la vez. El hoy director de la Academia de la Lengua observa que «el ciego juglar que cantaba viejas hazañas, despreciado en el siglo XV por los poetas de Corte y por los historiadores, prolongó oscuramente su vida y su menosprecio en los siglos siguientes». Y añade: «Aun hoy agoniza el viejo tipo; por las aldeas de las comarcas más arcaizantes, en los rincones de Asturias y de Avila, vaga el tañedor de la *ranjóna* y del *rabel*, por lo común un ciego... Un ciego recitador, o cantor, quizá aficionado a los toros y juglar por atavismo... ¿Quién sabe!

ENRIQUE DEL VILLAR

“EL CHIVATO”

LA palabra «chivato», en el lenguaje del planeta de los toros, tiene dos acepciones. «Chivato» equivale a roñoso, a tacaño. «Chivato» es también el lenguaraz, el que todo lo cuenta, el que nada puede callarse, el chismoso. Estudiaremos brevemente ambos tipos.

Al tratar de los «sintas» y de los «cinví» he sostenido que en el planeta de los toros abunda la generosidad. Sin embargo, la palabra «chivato», en su acepción de tacaño, se emplea mucho entre la gente del toro. Injustamente muchas veces. Un matador, a poco que torea, gana buen dinero. Le dan de una vez un puñado de billetes. Los que estamos acostumbrados a percibir el dinero en pequeñas dosis no podemos comprender bien lo que es recibir, de pronto, veinte billetes de mil pesetas. Aunque nos lo figuramos aproximadamente. Algo como para marearse. ¿Qué hacer con tanto dinero? Me figuro que el primer impulso será gastarlo lo más pronto posible para satisfacer en el acto tantas ansias contenidas. Pero también se me alcanza que se puede pensar: «Bueno, bueno; vamos con calma, que la vida es corta, pero no tanto.» Pensar esto no es chivatería, es recomendable sensatez. Pero a los toreros les ha perjudicado mucho la leyenda, ya antigua de su rumbo. Al torero se le representa todo el mundo como un ser fastuoso y dádivo. Y en cuanto alguno no convida a tiempo, o se resista a efectuar un gasto, cae sobre él el dictorio de «chivato». Particularmente las figuras, los que toreaan mucho y a buen precio tienen que tener mucha cuidado... Los «sintas» no perdonan. Muchos de ellos están sin tabaco, precisamente porque se gastaron alegremente la fortuna que ganaron en unos años afortunados. Y éstos son implacables.

—¿Quién, el Fulano? —exclaman con una mezcla de desdén y de enfado—. ¡Nada, ese es un «chivato»! ¡Hay que ver, con el dinero que gana y saca los pitillos encendidos del bolsillo y el otro día me dejó pagar el café! ¡Estuve por convidarle, para que aprendiera! Pero luego pensé: «No; que si se lo pago, se acostumbra y ya estoy perdido «pa» siempre.» ¡Con la de cajas de vino y cenas por todo lo alto que se me han ido a mí de entre las manos! ¡Lo natural, señor!

No; esto no es lo natural. Pero, en fin, es lo que decía a aquel taurino que comía, cierta vez, en un restaurante muy concurrido, con un gran torero, y éste le dijo:

—¡Hombre, paga esta comida, siquiera una vez!

—No; mira, de ninguna manera. Y no es por el dinero. ¡Pero tú cree que todo el que nos ha visto juntos puede pensar que sea yo el pagano! ¡Ni por ensoñación! ¡Y, la verdad, pagar y encima que nadie lo crea, eso no entra en mis cálculos!

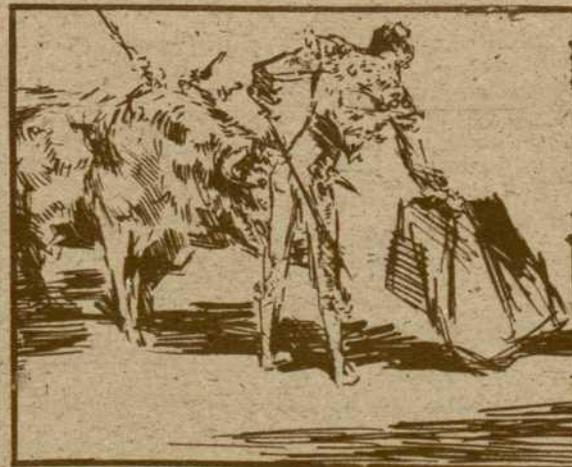
El que es «chivato», por chismoso, es un tipo que abunda mucho en el planeta de los toros. Los infundios, los rumores, las suposiciones están siempre en el orden del día de todas las conversaciones taurinas. Y no con designios maléficos, aunque en ocasiones no faltan, sino por la necesidad de hablar, inherente a tantas horas de tertulia cafetera. El chismo no de niño siempre salpimentará una charla agradablemente. Conocer, antes que nadie, las incidencias en la confección del cartel de una feria. Llegar a contarlas es placer muy sabroso que pocos resisten. Claro es que en esta clase de narraciones entra por mucho, inevitablemente, la fantasía, y los «chivatos» se despachan a su gusto, dándole a la imaginación y a la lengua. Pero ¿y qué? ¿Que el cartel en lugar de salir conforme a sus deseos más o menos interesados, sale según el entender de la Empresa? Pues no se ha perdido nada. Una hora de tiempo, quizá. Y el tiempo se disipa a conciencia en el planeta de los toros. ¡En esto sí que no existe un solo «chivato» que ahorre ni tampoco unos minutos!

Volviendo a los otros, hay que insistir en que muy pocos toreros lo gran reunir un capitalito. Y yo creo que la causa fundamental es esa de que ganan el dinero muy de prisa, en una tarde, en la que pasan lo suyo. Pero esto se olvida en seguida que se quitan el vestido de torear. Y entonces sienten el bulto de los billetes en el bolsillo y creen que no se van a terminar nunca. Y sacan uno, y después otro, y así se volatilizan, sin darse cuenta, en este capricho, en aquella francachela y en el aparentar y en presumir. Por otra parte, esto es explicable, pues se trata de una profesión arriesgada, y el ahorro siempre ha estado a matar con el riesgo. El ahorro está bien para el apocado. No insisto, como tal vez debiera, en esto del

ahorro, porque confieso que es algo tan ajeno a mí, que lo conozco sólo de oídas.

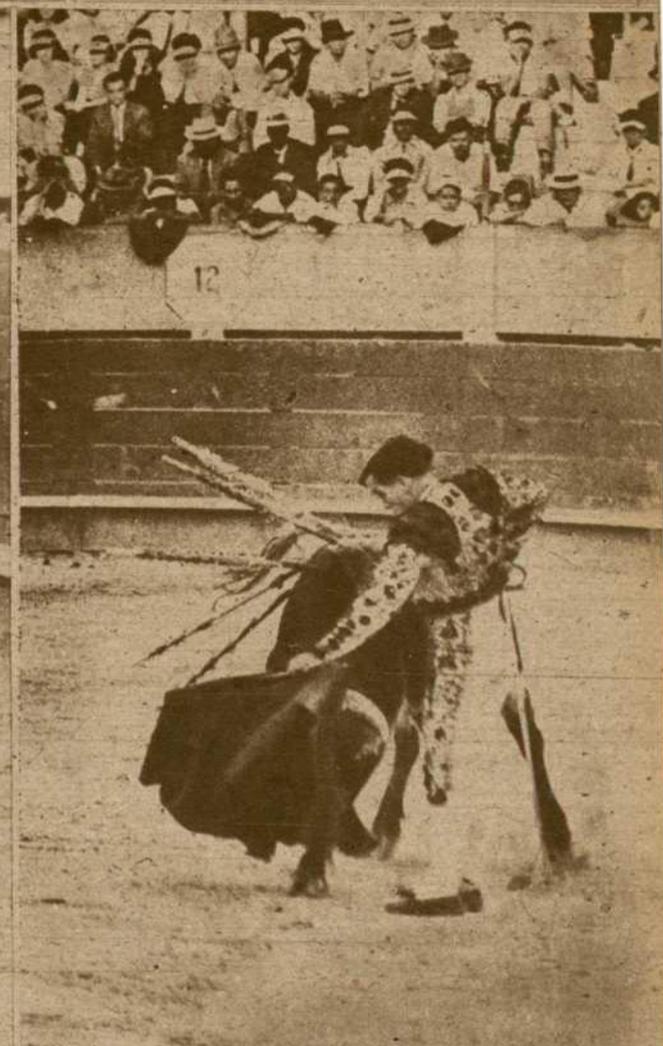
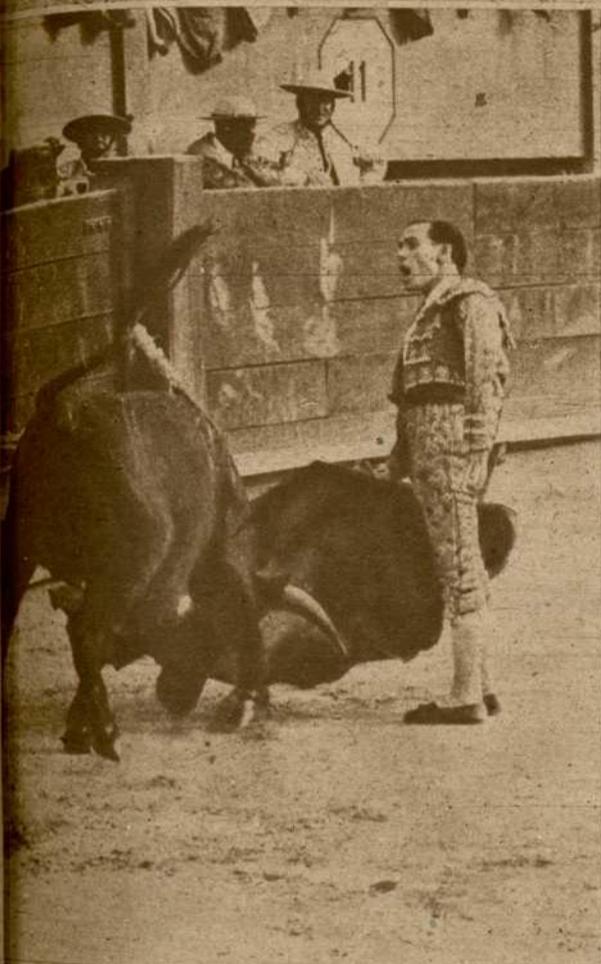
El caso es que existen muy pocos toreros «chivatos» de verdad, que todos se saben gastar un duro, o los que hacen falta, a tiempo, y que los escasos calificados de tales lo son, no porque no gasten dinero, sino porque no gastan tanto como desearían los «sintas» y algunos admiradores, que los hay insaciables.

ANTONIO DIAZ-CARBATE



El domingo 11 de enero torearon novillos de Yencala, de don Humberto Fernandini, Curro Rodríguez, "Morenito de Talavera Chico" y Jorge Aguilar, en sustitución de Fernando López, que no llegó a tiempo

Curro Rodríguez fué el mejor librado, y tuvo buena actuación en el primero, del que cortó la oreja. Aquí aparece dando un pase con la derecha



pase mirando al tendido — como este de Curro Rodríguez — cualquiera lo da en la vida...

«Morenito de Talavera Chico», que no estuvo afortunado, triunfó en la suerte de banderillas

«Morenito de Talavera Chico» toreando al natural

Jorge Aguilar, que venía precedido de buen cartel desmístico, desilusionó. No hizo nada destacable. Los novillos le pasaron muy lejos

Jorge Aguilar en un pase con la derecha



(El héroe de esta novillada fué el banderillero español Antón Iglesias, quien, según las referencias limeñas, actuó de «Providencia» durante toda la tarde. Fué ovacionado. El ganado fué bueno, sobresaliendo el primero, el cuarto y el quinto, que fueron aplaudidos en el arrastre.)

(Foto «Joselillo»)

LOS MATADORES DE NOVILLOS Y SU PRESENTACION EN MADRID

(CONTINUACION)



Manuel Jiménez
(Chicuelo)

15 de mayo. **MANUEL MOLINA (ALGABENO CHICO)**. — Alternó con Rafael Gómez (Gallito), con el que formó una cuadrilla de niños sevillanos, en la lidia y muerte de seis novillos de Veragua; vistió un terno verde y oro.

25 de julio. — **ANTONIO RIVAS (MORENO DE SAN BERNARDO)**. — Alternó con José Gordón (Gordito) y Félix Velasco; el primer novillo que mató fue «Desviado», negro, bragado, de Pérez de la Concha; vistió un terno esmeralda y oro.

13 de agosto. — **JOSE CAMPOS (CAMPITOS)**. — Se presentó en Madrid en una novillada concurso, en que los seis espadas eran nuevos; los citados espadas fueron, además de «Campitos», los cinco que a continuación se mencionan; el novillo que estoqueó «Campitos» fue «Gaiteros», de Palha, y el diestro vistió un traje verde y oro.

13 de agosto. — **FERNANDO HERRERO (CANTARITOS)**. — Segundo espada de la corrida concurso que se cita en el párrafo anterior. El novillo que éste estoqueó fue «Barquero», y el diestro vistió un traje corinto y oro.

13 de agosto. — **ANTONIO SUAREZ (SUARITO)**. — Tercer espada de la misma corrida. El novillo que estoqueó fue «Alvarado», de Padilla; vistió un terno encarnado y oro.

13 de agosto. — **NICANOR MANJON (ARANZAITO)**. — Cuarto espada de la misma corrida. El novillo que estoqueó fue «Mayorazgo», de Palha; vistió un traje grana y negro.

13 de agosto. — **JOSE GARCIA MARISCAL y JOAQUIN CALERO (CALERITO)**. — Quinto y sexto espadas de la misma corrida; no llegaron a estoquear por suspensión de la corrida a causa de la lluvia.

10 de septiembre. — **JUAN SAL (SALERI)**. — Alternó con Cervera y el «Pellas»; el primer novillo que estoqueó fue «Perdigón», número 74, castaño, de Moreno Santamaría.

23 de octubre. — **MANUEL JIMENEZ (CHICUELO)**. — Alternó con Manuel García (Revertito) y Juan Sal (Saleri); el primer novillo que estoqueó fue «Pifionero», colorado, de Ibarra; vistió un terno perla y oro.

19 de noviembre. — **RAMON TARODO (ALHAMEÑO)**. — Alternó con «Seguritas», siendo «Marinero», negro, de López Navarro, el primero que estoqueó; vistió un traje grana y oro.



Antonio Segura
(Segurita)

19 de noviembre. — **ANTONIO SEGURA (SEGURITA)**. — Alternó con «Alhameño»; el primer novillo que estoqueó fue «Cabrero», negro, de López Navarro; vistió un terno grana y oro.

26 de noviembre. — **SANTIAGO SANZ (SEGOVIANO)**.

Segundo espada de una novillada cuyos componentes se expresan a continuación. El novillo que estoqueó «Segoviano» fue «Arbolario», número 7, retinto, de doña Carlota Sánchez; vistió un terno azul y oro y actuó de primer espada Manuel Martínez Palacios.

26 de noviembre. — **FRANCISCO VAZQUEZ (EL GORDO)**. — Tercer espada de la corrida que se cita en el párrafo anterior. El novillo que estoqueó fue «Matacaballos», negro, bragado, de doña Carlota Sánchez; vistió un terno morado y plata.

26 de noviembre. — **PEDRO DOMINGUEZ (SOCHANTRE)**. — Cuarto espada de la misma corrida. El novillo que estoqueó fue «Solitario», negro, de doña Carlota Sánchez; vistió un terno morado y oro.

3 de diciembre. — **APOLONIO VILLA (HABLAPOGO)**. — Alternó con Francisco Bernal (Bernalillo); el primer novillo que estoqueó fue «Fortuno», berrendo en colorado, de Mazpule; vistió un terno azul y oro.

10 de diciembre. — **RICARDO LUQUE (CAMARA)**. — Alternó con Antonio Segura (Segurita); el primer novillo que estoqueó fue «Javalito», retinto, de doña Carlota Sánchez; vistió un terno grana y oro.

24 de diciembre. — **JOSE TESO (TESITO)**. — Estoqueó un eral, con el que hizo su experimento titulado el «Hombre verde»; vistió un terno encarnado y negro.

24 de diciembre. — **CANDIDO HERNANDEZ (ESPAÑOLITO)**. — A ternó con Antonio Moreno (Machaca); el primer novillo que estoqueó fue «Cartujos», negro, bragado, de don Filiberto Mira; vistió un terno negro y plata.

24 de diciembre. — **ANTONIO MORENO (MACHACA)**. — Alternó con «Españolito», siendo «Recalcao», retinto, listón, de don Filiberto Mira, el primero que estoqueó en esta Plaza; vistió un traje verde y plata.

24 de diciembre. — **ANTONIO MORENO (MACHACA)**. — Alternó con «Españolito», siendo «Recalcao», retinto, listón, de don Filiberto Mira, el primero que estoqueó en esta Plaza; vistió un traje verde y plata.

24 de diciembre. — **ANTONIO MORENO (MACHACA)**. — Alternó con «Españolito», siendo «Recalcao», retinto, listón, de don Filiberto Mira, el primero que estoqueó en esta Plaza; vistió un traje verde y plata.

24 de diciembre. — **ANTONIO MORENO (MACHACA)**. — Alternó con «Españolito», siendo «Recalcao», retinto, listón, de don Filiberto Mira, el primero que estoqueó en esta Plaza; vistió un traje verde y plata.

24 de diciembre. — **ANTONIO MORENO (MACHACA)**. — Alternó con «Españolito», siendo «Recalcao», retinto, listón, de don Filiberto Mira, el primero que estoqueó en esta Plaza; vistió un traje verde y plata.

2 de febrero. — **JUAN PEDRO ESTERAS**. — Alternó con Francisco Vázquez (el Gordo); el primer novillo que estoqueó fue «Frasculón», negro, de López Navarro; vistió un traje negro y oro.

25 de marzo. — **ANTONIO MARTINEZ (NIÑO DE LA HUERTA)**. — Alternó con «Chicuelo» y «Segurita»; el primer novillo que estoqueó fue «Estanquero», número 42, berrendo en negro, de Moreno Santamaría; vistió un terno grana y oro.

29 de julio. — **MANUEL SACO (CANTIMPLAS)**. — Alternó con «Revertito» y Antonio Olmedo (Valentín); el primer novillo que estoqueó fue «Alabadito», negro, de Ibarra; vistió un terno miel y oro.

2 de septiembre. — **CASTOR J. IBARRA (COCHERITO DE BILBAO)**. — Alternó con «Alvaradito» y «Morenito de Algeciras»; el primer novillo que estoqueó fue «Estornino», número 3, de Pérez de la Concha; vistió un terno carmín y oro.

2 de septiembre. — **CASTOR J. IBARRA (COCHERITO DE BILBAO)**. — Alternó con «Alvaradito» y «Morenito de Algeciras»; el primer novillo que estoqueó fue «Estornino», número 3, de Pérez de la Concha; vistió un terno carmín y oro.

2 de septiembre. — **CASTOR J. IBARRA (COCHERITO DE BILBAO)**. — Alternó con «Alvaradito» y «Morenito de Algeciras»; el primer novillo que estoqueó fue «Estornino», número 3, de Pérez de la Concha; vistió un terno carmín y oro.

9 de septiembre. — **FRANCISCO PALOMAR CARO**. — Alternó con «Corcito», «Chico de la Blusa» y «Cocherito de Bilbao»; el primer novillo que estoqueó fue «Gitano», número 27, negro, de Palha; vistió un terno grana y oro.

28 de octubre. — **FRANCISCO GONZALEZ (PATATERILLO)**. — Alternó con «Alvaradito» y «Cocherito de Bilbao»; el primer novillo que estoqueó fue «Calcetero», número 79, negro, girón, de Conradi; vistió un traje grana y oro.

11 de noviembre. — **GERMAN SANCHEZ (SERENITO)**. — Alternó con Anastasio Castilla, siendo el primer novillo que estoqueó «Chivito», número 7, salinero, de don Anastasio Martín; vistió un terno grana y oro.

11 de noviembre. — **ANASTASIO CASTILLA**. — Alternó con Germán Sánchez (Serenito); el primer novillo que estoqueó fue «Botellito», número 41, colorado, de don Anastasio Martín; vistió un traje encarnado y oro.

11 de noviembre. — **MARIA SALOME (LA REVERTE)**. — Estoqueó el quinto novillo, «Guapito», negro, meano, de don Anastasio Martín; vistió un terno verde y oro.

18 de noviembre. — **SEBASTIAN SILVAN (CHISPA)**. — Estoqueó el novillo «Filatero», número 73, que había sido rejoneado por don Mariano Ledesma; vistió un terno verde y plata.

18 de noviembre. — **SATURNINO MONTOYA (FRESURAS)**. — Actuó en esta corrida, en la que los otros espadas fueron Tomás Mazzantini, «Suarito» y «Cocherito de Bilbao»; estoqueando el novillo «Portero», número 68, negro listón, de don Mariano Arroyo; vistió un terno perla y oro.

18 de noviembre. — **SATURNINO MONTOYA (FRESURAS)**. — Actuó en esta corrida, en la que los otros espadas fueron Tomás Mazzantini, «Suarito» y «Cocherito de Bilbao»; estoqueando el novillo «Portero», número 68, negro listón, de don Mariano Arroyo; vistió un terno perla y oro.

18 de noviembre. — **SATURNINO MONTOYA (FRESURAS)**. — Actuó en esta corrida, en la que los otros espadas fueron Tomás Mazzantini, «Suarito» y «Cocherito de Bilbao»; estoqueando el novillo «Portero», número 68, negro listón, de don Mariano Arroyo; vistió un terno perla y oro.

27 de enero. — **FLORENCIO MARTINEZ (GALLITO DE VALENCIA)**. — Alternó con Juan Sal (Saleri) y «Cocherito de Bilbao»; el primer novillo que estoqueó fue «Camisero», colorado, de Biencinto; vistió un terno grana y oro.

3 de marzo. — **MANUEL SUAREZ (MARINERITO)**. — Alternó con «Chicuelo» y «Segurita», siendo de Conradi el primer novillo que estoqueó; vistió un terno verde y oro.

10 de marzo. — **ANTONIO FERNANDEZ (BOCANEGRA)**. — Alternó con «Revertito» y «Cocherito de Bilbao»; el primer novillo que estoqueó fue «Tarántula», cárdeno, de Pérez de la Concha; vistió un terno azul y oro.

24 de marzo. — **ANGEL CARMONA (CAMISERO)**. — Alternó con «Saleri», «Chicuelo» y «Cocherito de Bilbao»; el primer novillo que estoqueó fue «Albitaño», ensebanado, de Miura; vistió un terno perla y oro.

25 de marzo. — **FELIX TAGUA**. — Alternó con «Chicuelo», «Cocherito de Bilbao» y «Camisero», siendo «Lobero», de Veragua, el primero que estoqueó; vistió un terno verde y oro.

25 de marzo. — **FELIX TAGUA**. — Alternó con «Chicuelo», «Cocherito de Bilbao» y «Camisero», siendo «Lobero», de Veragua, el primero que estoqueó; vistió un terno verde y oro.

25 de marzo. — **FELIX TAGUA**. — Alternó con «Chicuelo», «Cocherito de Bilbao» y «Camisero», siendo «Lobero», de Veragua, el primero que estoqueó; vistió un terno verde y oro.

25 de marzo. — **FELIX TAGUA**. — Alternó con «Chicuelo», «Cocherito de Bilbao» y «Camisero», siendo «Lobero», de Veragua, el primero que estoqueó; vistió un terno verde y oro.

15 de mayo. **MANUEL GONZALEZ (RERRE)**. — Alternó con «Chicuelo» y «Camisero»; el primer novillo que estoqueó fue «Gitano», berrendo en negro, de Veragua; vistió un terno carmesí y oro.



Tomás Alarcón
(Mazzantinito)

30 de junio. **JOAQUIN CAPA (CAPITA)**. — Alternó con «Revertito», «Palomar Chico» y «Rerres», siendo los novillos de Marube; vistió un terno encarnado y oro.

10 de octubre. — **JOSE RIVAS (MORENITO CHICO DE SAN BERNARDO) y FERNANDO GOMEZ (GALLITO CHICO)**; estoquearon cuatro erales en el beneficio de Francisco Serano (Paco el de los Peros).

Año 1902

5 de enero. — **PEDRO FERRARI (CORIANO)**. — Alternó con Fernando Herrero (Cantaritos); el primer novillo que estoqueó fue «Mirandillo», colorado, de don Patricio Sanz; vistió un traje verde y oro.

19 de enero. — **TOMAS ALARCON (MAZZANTINITO)**. — Alternó con Santiago Sanz (Segoviano); siendo «Cotorro», negro, de Taberneró, el primer novillo que estoqueó; vistió un traje grana y oro.

21 de mayo. — **DARIO DIEZ LIMIANA**. — Estoqueó el novillo «Vizeño», de Veragua, en la corrida regia por mayoría de edad de don Alfonso XIII.

25 de julio. — **ANTONIO RIOS (MANCHAO)**. — Estoqueó un novillo de Biencinto, que había sido rejoneado por don Mariano Ledesma y don Isidro Grané; vistió un terno encarnado y negro.

17 de agosto. — **RICARDO MARTINEZ (VECLANO)**. — Alternó con «Cocherito de Bilbao» y «Mazzantinito»; el primer novillo que estoqueó fue «Guardián», negro, bragado, listón, de Miura; vistió un terno grana y oro.

Año 1903

1 de marzo. — **JOSE MORENO (LAGARTIJILLO CHICO)**. — Alternó con «Cocherito de Bilbao»; el primer novillo que estoqueó fue «Berengeno», berrendo en negro, de Gamero Cívico; vistió un terno corinto y oro.

15 de marzo. — **MANUEL DIAZ (AGUALIMPIA)**. — Alternó con «Calerito» y «Mazzantinito»; primer novillo que estoqueó, «Pastelero», berrendo en negro, de don Luis Patricio, de Concha; vistió un terno corinto y oro.



Manuel Rodríguez
(Manolete)

(Continuará.)

"PEÑAS" TAURINAS DE ESPAÑA



La «peña» taurina del Bar Flor, de Granada

A LIENTO ejemplar, generosidad magnífica, el de estas «peñas» taurinas repartidas por muchos rincones de España, que hacen un culto de su afición a la Fiesta de toros; que no exigen nada, y que, por el contrario, están siempre propicias a sacrificar incluso parte de sus legítimos ingresos con tal de mantener una cohesión simpática en lo general, aulí cuando luego sus componentes se dividan y se apasionen, no ya por la diversidad de escuelas, sino por la personalidad de un torero al que, por lo común, no conocen, y que no siempre se da por enterado del homenaje callado que a diario se le rinde.

No importa. Las «peñas» son algo más que la moda. Son la solera de una afición bien arraigada, que mantiene el rito aun en épocas poco propicias a las corridas y aun en poblaciones donde se dan escasas corridas al año. Ellos, los componentes de estas «peñas» taurinas, de profesiones diversas y de posiciones sociales distintas, se unen entrañablemente para una finalidad común: hablar de toros. Cuando la temporada, está vencida, de lo que pasó. En cuanto apunta la próxima, de los «fenómenos» —muchas veces, locales— que van a surgir.

Una de estas «peñas», encantadoras y rumbosas, es la que se establece cada tarde en el Bar Flor, de Granada, y que luego, cuando la primavera

Diego Garzón agradece el homenaje

La «peña» taurina del Bar Flor, en una de sus reuniones en el carmen Matamoros (Fotos Torres Molina)



Concurrentes a la comida-homenaje con que fué obsequiado don Diego Garzón por haber sido nombrado corresponsal de EL RUEDO



nando Agullera, don Gabriel Juárez, el novillero Joaquín García, «Cagancho», el mozo de estoques, el periodista Rafael Burgos y don Antonio Gámez. Otros muchos, que, según la frase estereotipada, «sentimos no recordar»...

Un buen día se reúnen para saludar a Vicente Soto Lluch, que en Radio Mediterráneo de Valencia mantiene viva la afición a la Fiesta; otro, para festejar que Diego Garzón, de gran prestigio en la capital, haya sido nombrado corresponsal de EL RUEDO. Cualquiera otro, por el puro pretexto de estar bien avenidos y sentirse contentos de coincidir en una misma afición. Siempre, por un motivo noble y con el buen ánimo de hacer agradable la estancia al forastero, que en Granada se siente como en casa propia.

Vaya para ellos la simpatía de EL RUEDO, que sabe que cuenta con ellos para todo cuanto se refiere a la propaganda más desinteresada y más entusiasta de esta nuestra Fiesta, bien llamada —y que rabien los que así no lo entiendan— Fiesta Nacional.

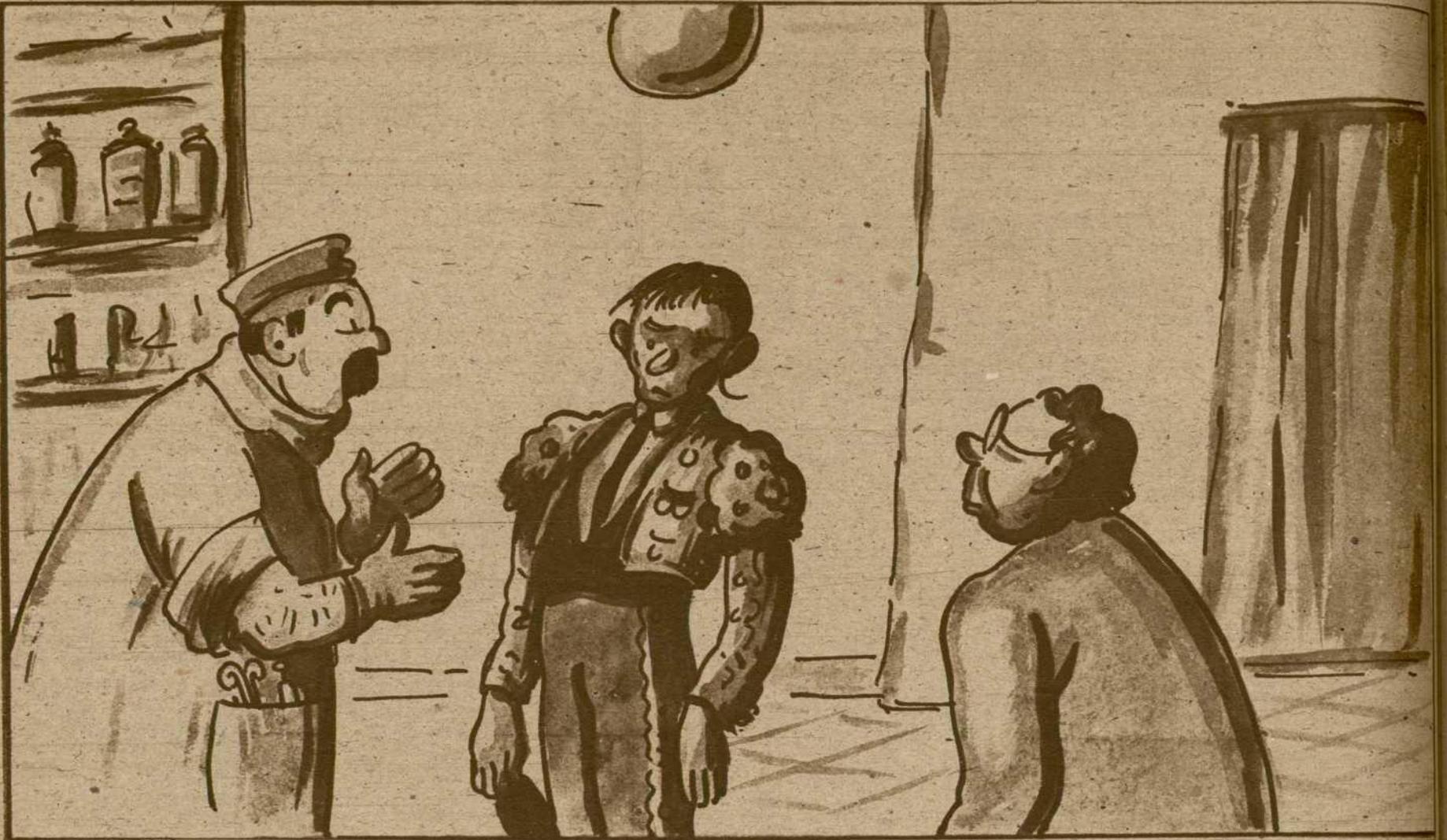
En el Bar Flor, de Granada, se reúnen a diario aficionados entusiastas a nuestra Fiesta de toros

apunta y ya todo es exuberancia y aroma fuerte y color en los maravillosos paisajes granadinos, celebra sus reuniones en el carmen Matamoros, enclavado en los mismos jardines de ensueño de la Alhambra.

Todos son unos allí. Gente que no abandona su trabajo o su negocio, pero que a la hora de la expansión convive en un ambiente fraternal y que guarda al extraño las delicadezas más gentiles.

A esta «peña» del Bar Flor, de la que un día recibimos las atenciones más exquisitas, concurren a diario don Diego Garzón, corresponsal en Granada de EL RUEDO; don Salvador Fenoll, don Miguel González, don José Cuéllar, don José María Calvo, don Antonio Soto, don Tomás Romero, don Ignacio Alcorca, «Cholín», deportista un día famoso, que cambió su ambiente del Norte por esta voluptuosidad del Sur; don Fer-

DOS TONTERIAS, por Miguel



«¿Y cómo le traen a la enfermería sin haberlo cogido el toro?» «Muy sencillo: para que no me coja.»



«¿Y cómo se atreve a picar con la puya al revés?» «Yo no engaño a nadie; quien quiera picar que pique.»

Se
bañ
gu
Mo
Ri
Y
-Par
no to
ello, lo
meños
con "E
Mata. L
reará e
tellano.
- An
está r
cuadril
ahora,
ro "Ma
cadores
sé Cha
- M
que fu
ro y hu
causa
gidas
el mo
Pepe
- L
tán ce
primer
pueso
que ab
la seg
rarios
jiano.
- E
corona
el ofic
gado d
rona
abierto
y Dep
- A
jueves
Prensa
de esc
autor
escult
en la
tud de
te de
ciació
y gra
- L
el pro
de pas
ceñisti
vedra.
para
- E
lado s
ros er
- I
za de
cultad
les de
gún lo
tros
éstos
hasta
firme
rios d
con
Pepe
-
un fe
Mont
reses
cortó
homb
José
didos.
-
San J
el pa
trimo
la Ca
de di

POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Se ha casado Pepe Dominguín. — Rafael Albaicín, actor cinematográfico. — Arruza sigue triunfando clamorosamente en Méjico. — Montani, «Armillita», Lorenzo Garza, Fermín Rivera y Antonio Velázquez cortaron orejas. — Ya es matador de toros el mejicano Paco Rodríguez



El pasado viernes contrajeron matrimonio, en la iglesia de San Jerónimo el Real, el popular matador de toros Pepe González, «Dominguín», con la bella señorita, de nacionalidad peruana, Carmen Lummls Mackehemie

El nuevo matrimonio Pepe «Dominguín» y Carmen Lummls, después de la ceremonia de laboda (Fotos Zarco)



con el famoso matador de toros Pepe Dominguín. Apadrinaron a los contrayentes los padres del novio, doña Gracia Lucas y don Domingo González, y firmaron el acta como testigos, por parte de la novia, don Miguel García Chavarri, don José V. García Muñoz, el duque de Pinhermoso, don Gabriel Gangoiti, Paco Madrid, don Antonio Vizcaino y don Felipe Sassone, y por parte del novio, sus hermanos Domingo y Luis Miguel, el marqués de la Valdavia, el general don Fidel de la Cuerda, Domingo Ortega, Marcial Lalanda, el director de EL RUEDO, don Manuel Casanova; don Carlos Gómez de Velasco y don Enrique Sánchez Gracia. Bendijo la unión el párroco don Pedro Martínez Pardo, que pronunció una sentida y elocuente plática. La numerosa concurrencia fué obsequiada espléndidamente después de la ceremonia. Hacemos votos por la felicidad de los contrayentes.

La productora cinematográfica Centro Español Cinematográfico ha contratado a Rafael Albaicín para el papel principal de la película «Manuel Vargas».

Se afirma que el diestro sevillano Manolo González tomará la alternativa en una de las corridas falleras, y que «Jumillano» le ha firmado una exclusiva por cierto número de corridas.

El pasado día 12 se celebró en Irapuato (Méjico) una corrida de toros a beneficio del diestro mejicano, ya retirado, Samuel Solís y del veterano apoderado Villanueva. Arruza, que

toreó gratis, cortó cuatro orejas, dos rabos y una pata, y salió en hombros. Luis Procuna fué ovacionado, y Alejandro Montani cortó las orejas y el rabo de su primero.

El pasado jueves, día 15, se celebró una corrida de toros en Tampico (Méjico), en la que alternaron «Armillita», Carlos Arruza y Arturo Alvarez. «Armillita», que cumplió en el primero, cortó las dos orejas y el rabo del cuarto, aunque el público consideró excesiva la recompensa. Arruza entusiasmó a los espectadores en sus dos toros. Cortó las dos orejas y el rabo del segundo y las dos orejas, el rabo y una pata del quinto. Carlos Arruza se hirió con una banderilla y sufre una lesión en la palma de la mano Jerecha, que interesa la piel, tejido celular y fibras musculares. Tardará en curar quince días. Por este percance no pudo torear el domingo en Méjico. Arturo Alvarez, que luchó con el peor lote, estuvo voluntarioso.

El domingo día 18, en la Plaza de El Toreo, de Méjico, lidiaron ganado de Pastejé Lorenzo Garza, Diamantino Vizeu y Paco Rodríguez, que tomaba la alternativa. Garza cortó la oreja de su primero y dió dos vueltas al ruedo. Perdió la oreja del cuarto por pinchar varias veces, y fué ovacionado. Diamantino Vizeu cumplió en sus dos toros. Paco Rodríguez no pasó de regular.

El domingo, en la Plaza México, lidiaron ganado de Coaxamalucas Fermín Rivera y Antonio Velázquez, Fermín Rivera cortó la oreja del primero y cumplió en los otros dos. Antonio Velázquez cortó la oreja del segundo, estuvo bien en el cuarto y cortó las orejas y rabo del sexto.

Totalmente repuesto de la cogida que sufrió en Barcelona el matador de toros Rafael Llorente, asistió a una comida que se celebró en su honor días pasados.

Ha sido publicado el anuncio de la subasta para el arrendamiento de la Plaza de Zaragoza para el año actual y siguiente. El tipo de subasta es de 550.000 pesetas por año, en alza.

El pasado sábado pronunció una conferencia en el Club Taurino Madrileño el notable escritor don Edmundo González Acebal, quien disertó, muy acertadamente, sobre el tema «Los cuatro tiempos del pase natural».

B. B.

«Parrita» ha decidido no torear en Lima. Por ello, los empresarios limeños están a la habla con «El Choni» y Luis Mata. Uno de éstos toreará en lugar del castellano.

Antonio Bienvenida está reorganizando su cuadrilla. Cuenta, por ahora, con el banderillero «Magritas» y los picadores Escribano y José Chaves.

Miguel Cirujeda, el que fué famoso novillero y hubo de retirarse a causa de las graves cogidas que padeció, será el mozo de espadas de Pepe Dominguín en la próxima temporada.

Los empresarios de Plazas españolas están celebrando reuniones en Madrid. En la primera trataron sobre el concierto de los impuestos y sobre el precio de la carne de toro, que ahora está clasificada como de tercera. En la segunda se trató de la subida de los honorarios de los subalternos y sobre el pleito mejicano.

El pasado jueves, día 15, depositó una corona de flores en la tumba de «Manolete» el aficionado don Francisco Costa Salas, llegado de Venezuela con este único fin. La corona fué costeada por suscripción popular abierta por el periódico de Venezuela «Toros y Deportes».

A última hora de la tarde del pasado jueves, en los salones de la Asociación de la Prensa de Madrid, se inauguró la Exposición de escultura «Su último brindis», de la que es autor el señor Laiz Campos. La obra es una escultura de cuerpo entero y tamaño natural, en la que se representa a «Manolete» en actitud de brindar. Al acto asistieron el presidente de la Diputación, el secretario de la Asociación de la Prensa, críticos taurinos, toreros y gran número de aficionados.

El matador de toros Julián Marín tiene el propósito de ofrendar un magnífico capote de paseo a la imagen de la Divina Peregrina, celestial protectora de la población de Pontevedra. Marín se trasladará a dicha capital para asistir a la ceremonia.

Pedro Robredo ha manifestado su deseo de matar seis toros en la Plaza de Zaragoza.

Los empresarios de la Plaza de Valencia encuentran dificultades para formar los carteles de las corridas falleras. Según los apoderados de los diestros «Parrita» y Paco Muñoz, éstos no regresarán de América hasta abril. Caso de que se confirme este extremo, los empresarios de Valencia harán gestiones con Luis Miguel «Dominguín», Pepe Luis Vázquez y «El Choni».

El viernes día 16 se celebró un festival taurino en Real de Montroig (Valencia). Se lidiaron reses de Cobaleda. Antonio Caro cortó orejas y rabo y salió en hombros. «Manolete Chico» y José Gimeno fueron muy aplaudidos.

En el templo parroquial de San Jerónimo el Real se celebró, el pasado viernes, el enlace matrimonial de la bellísima señorita Carmen Lummls Mackehemie, de distinguida familia peruana,



Domingo Ortega, rodeado de los amigos que fueron a despedirle al aeródromo de Barajas, desde donde ha marcha a Colombia (Foto Cano)

El novillero aragonés Paco Gracia, que ha marchado a Salamanca para entrenarse con vistas a la próxima temporada (Foto Eléctrica)



El arte y los toros

La «españolada» en la pintura taurina

Como en el cine y en el teatro, como en la novela, en la poética y en el folklore, la «españolada», tergiversadora del verdadero espíritu nacional, clavó sus garras en la grandiosidad de la pintura española. Fué inútil que personalidades ilustres y prestigiosas alzarán una y mil veces su voz en un sentido de protesta: la «españolada» estaba, y aun está, de vez en cuando, en el ambiente. Surgió tal vez con la popularidad de la Fiesta taurina, cuando allá, por la mitad del siglo, XIX alcanzaron los toros la categoría de espectáculo nacional, cuando el arte de torear empezó a discutirse y a elogiarse fuera de España, cuando nuestras costumbres, atravesando la frontera, hacían ver al mundo una España alegre y confiada que cada cual se la imaginó a su antojo a través de su desbordada fantasía y pocas veces bajo el aspecto de su auténtica y serena realidad.

La «españolada» fué nuestra segunda leyenda negra, una leyenda negra que deformó la vida social española que convirtió en un espectáculo protagonizado por toreros y manolitas, por un mundo de castañuelas y panderetas. Pero un mundo de toreros falso, de exportación y de propaganda. Y con esa leyenda negra «depose in France» y «made in England» comerciamos los propios españoles, ofre-

ciendo a la expectación y curiosidad de los extranjeros la ruidosa alegría de nuestras juergas flamencas. La «españolada» tuvo su «reclame» y su literatura devorada y apetecida en Francia, en Alemania, en Italia y en Inglaterra, predispuso el ánimo de los artistas, que también pintaron para «los de fuera», olvidándose muchas veces de su sensibilidad, de su fino don de percepción de las cosas sutiles al malear su temática y hasta sus buenas y excelentes condiciones de artista. El Villegas que pinta *La muerte del maestro* o *El adiós del maestro*, dos de sus más famosos y estupendos cuadros, no es el mismo que realiza *El jaleo*. Como el Alarcón que nos lega *La salida de los toros* no es, ni mucho menos, el mismo que el de *Lección de tauromaquia*, y menos aún el de *Una juerga*, que ilustra esta plana. Asunto y técnica y hasta la bon-

«El jaleo», lienzo de Villegas, en el que se muestra, bajo el aspecto taurino, el hondo sentido de la españolada

dad de ejecución se ha debilitado grandemente. Claro está que la culpa no es tampoco solamente del artista. El costumbrismo está de moda en la pintura española. Es ese momento de indecisión y titubeo en el que el arte intenta rebelarse contra el pasado y que, sin la necesaria fuerza revolucionaria, no lo consigue. Y no lo consigue, porque incapaz de alcanzar la enorme altura lograda durante el siglo de oro de la pintura, pone defectos un academicismo, a una técnica meticulosa y de-

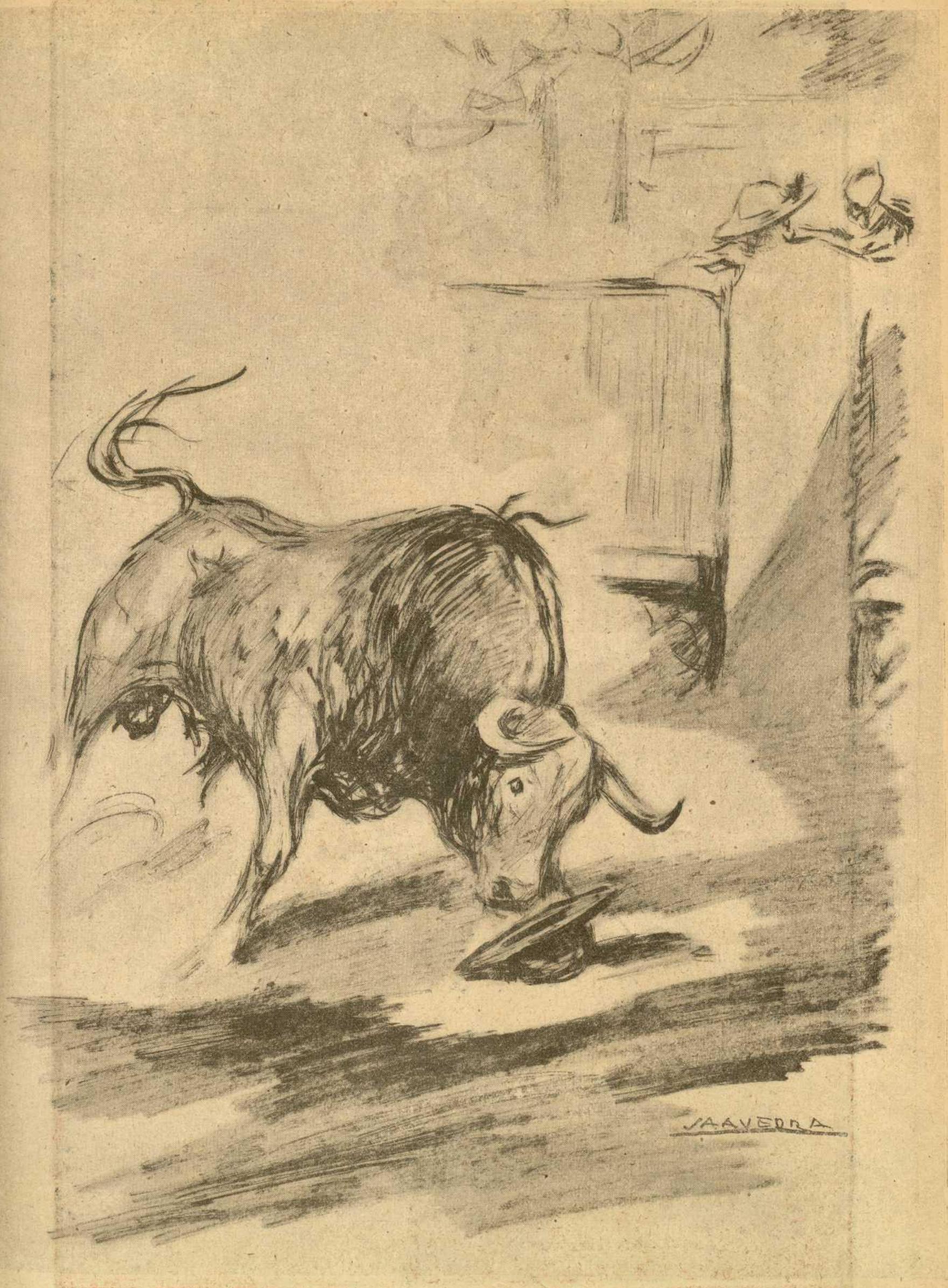
purada que los pintores del XIX, aun los del XVIII, no podían realizar. Porque eso era el motivo que originaba su postura: el convencimiento de su impotencia creativa. Y quiere decir esto que el siglo XIX no tuviera buenos pintores. Lo tuvo, pero, a decir verdad, en ninguno cuajó aquella divina influencia que finiquitó con la maravillosa colorística de don Francisco de Goya y Lucientes. Desde entonces la pintura se apoyó en lo anecdótico, lo popular y en el costumbrismo, claro está, los toros tuvieron preferencia. Puesto ya en el terreno de lo netamente español, si el asunto no se cuidaba, era fácil caer en la «españolada». Y así fué.

Y la «españolada» se tradujo en unas juergas muy pintorescas que querían reflejar la alegría ruidosa de unos toreros, que para identificarse habían de vestir el incómodo traje de luces. Puede decirse que pocos pintores escaparon de este error, de esta mala intención impulsada y de este desastre artístico. La «españolada» pictórica cundió cuando se quiso dar cuenta, el cuadro ya estaba hecho. ¿Nos ha perjudicado esta segunda leyenda negra? Puede que moral y turísticamente no. Respecto a la pintura... los cuadros que más valía que no se hubiesen concebido y, menos aún, realizados.

MARIANO SANCHEZ
DE PALACIOS

«Una juerga» (La llegada del maestro), cuadro al óleo de Alarcón, realizado el año 1886





JAAVEDRA

Toro de bandera

que co
lo se

emen
lame
a en
decisi
e cont
volun
porqu
ada de
efecto
es y de
el xix
realiza
que en
noimie
va. Y
iglo r
es. La
en ma
influe
marav
de Gor
s la pa
ótico, e
riano,
n pre
rreno
l asun
er en

dujo
scas q
ruidos
identi
ncómo
cirse q
de se
n imp
artíst
cundis
a, el m
perju
a neg
icamen
a... h
que no
mos a

ICHEZ
IOS

egada
o de Al
1886



«La corrida de toros», realizada por Antonio Carnicero y grabada por Luis Fernández Noseret (Lámina II)